EL RAPTO

Observatorio del sonambulismo contemporáneo

Nº 3 diciembre 2008 — 0,50 euros

LO QUE EL SOLITARIO ESCONDE

Elogio ponderado del contenido manifiesto de sus actos y exaltado del latente.

Dentro del tradicional tira y afloja por el nuevo convenio colectivo, unos 2.000 trabajadores de Telefónica se concentraron el 26 de Junio de este año en el Distrito C de Las Tablas "para denunciar la inminente firma del Convenio por parte de las organizaciones estatales de CC.OO. y UGT"; en el curso de la protesta, se rompen algunos cristales de los locales de los sindicatos citados, profiriéndose los habituales gritos de rigor más o menos insultantes y amenazantes. Aprovechando estos hechos, y a instancias de los *amarillos* que según ellos estuvieron "a un paso de ser asesinados", Telefónica despide a cinco de los sindicalistas díscolos, y sanciona a otros cuatro a 45 días sin empleo y sueldo. Santander y Santiago de Compostela no sólo están hermanados por la letra s y por el clima lluvioso: una ordenanza municipal, que por otro lado se está generalizando a muchas otros lugares, prohíbe el reparto de publicidad callejera con la excusa del decoro público y la lucha contra el cambio climático; naturalmente, nadie hace caso de una ordenanza que casi todos ignoran, pero que se aplica especialmente cuando se reparten octavillas que denuncian los desmanes varios de los variados caciques, con la consecuencia de la detención, la denuncia, el juicio y la multa, cuando no la cárcel. En Valencia, los aburridos profesores de la ESO que protestan contra la *umorosa* versión bilingüe de Educación para la Ciudadanía de un gobierno ganado definitivamente por la ´patafísica que asola esas tierras, tienen que explicar a sus incrédulos alumnos que "claro que se puede protestar (…) hay que protestar cuando creemos que se nos impone algo que es una pérdida de tiempo y un desatino" (*El País*, 17-9-2008). Cuando un adolescente ha perdido el instinto de la protesta y la rebelión y es necesario explicárselo, cuando repartir propaganda política es delito, cuando los más nimios altercados, que hace solamente 10 años no hubieran llamado la atención, permiten despedir y sancionar impunemente en nombre del *pacifismo de Estado* amenazado por "los violentos"[1], es que una enfermedad moral o una vacuna del espíritu ha penetrado en el cuerpo social para desinfectarlo, para castrarlo, para acostumbrarlo a la obediencia, el conformismo y el miedo.

Porque estos ejemplos de sumisión vergonzante y de hipersensibilidad democrática, cada vez más extendidos, no pueden entenderse como gestos o inclinaciones individuales. Son hechos consumados de un proceso histórico de primera magnitud que padece nuestro presente y que condiciona cualquier intervención social imaginable: *la desnaturalización o estigmatización del conflicto.* Progresivamente, la cosmovisión y las prácticas que entendían el conflicto como inherente a las relaciones sociales están siendo sustituidas por una cosmovisión y unas prácticas armoniosas, que presuponen las tensiones sociales como confusiones comunicativas solventables de manera pacífica. Desde estas coordenadas, la más mínima agresividad social se siente como un *pecado original* que pone en peligro este supuesto edén posthistórico regido por la ley de oro del "hablando se entiende la gente"[2]. Cualquiera que todavía conserve una pizca de sentido común debería poder desenmascarar esta farsa, de la que tanto rédito extrae el capital. Ideas tan básicas como que *toda paz será siempre la paz del vencedor*, que tendrían que estar grabadas a fuego en la inteligencia práctica de las personas, resultan cada vez más inconcebibles. Por contra, son multitud aquellos que al pensar la violencia en abstracto la reniegan, olvidándose de la violencia normalizada del capital y el Estado y *renunciando a su condición de sujetos enfrentados*. En otras palabras, cayendo en una condición de infantilismo social en el que son manejados como materia prima sin forma, plastilina adaptable a los requerimientos de la dominación vigente. El fracaso de cualquier deriva levantisca durante las últimas convulsiones sociales, constantemente desactivadas por la canalización ciudadanista (*Prestige*, movimiento contra la guerra, 11-M, movimiento de la vivienda) suponen el fruto de un árbol que hunde sus raíces en la *degradación pusilánime de lo cotidiano*, programada y ejecutada no tanto desde el discurso del poder sino *desde las vivencias inmediatas al que este nos somete*. Si el cuerpo social ya no tiene sangre en las venas es, entre otros factores, porque está siendo troceado en mil implantes y amputaciones, despedazado por la separación generalizada que instaura el espectáculo y esto lo entendemos, antes que en idea alguna, en esa castrante soledad que a todos afecta. Del mismo modo, el humus lírico y mítico en el que se sustenta la vida social espectacular es un humus en acelerado proceso de desertificación. La erosión niveladora de la mercancía ha uniformado nuestra topografía emocional, volviéndola un yermo plano con alergia a cualquier disrupción, desnivel u obstáculo y esto también lo comprendemos en los huesos, a través de la esterilidad pasional de la que todos participamos. La paz social extrema que el Capital está sabiendo imponer es, antes que el triunfo de un discurso y en un nivel históricamente inédito, un *temperamento incorporado*, una obediencia adherida a la práctica espontánea de los cuerpos personales. Por ello, en este escenario, la actitud beligerante, y más si apunta osadía y maniobras brillantes, tiene algo de fantasma, algo de aparición que revuelve los mismos cimientos de la realidad. Es en este ambiente en el que El Solitario irrumpe.

Recordaremos que la atención prestada a la figura de El Solitario precede a su detención. Durante meses, sus acciones atraen miradas y conversaciones. Detrás de la creciente popularidad de El Solitario hubo una evidente intencionalidad policial, pero su presencia pública no puede agotarse en una estrategia de captura. El espectáculo nunca actúa sobre la nada y la construcción mediática no hubiera sido posible, o hubiera sido mucho más débil, si de alguna manera esa extrañeza que identificamos con El Solitario no hubiera sabido *agitar los resortes de un verdadero interés popular* (con esa deformación y ese veneno propio de lo verdadero en un mundo donde la verdad se encuentra invertida, pero que es, al fin y al cabo, el mundo del que formamos parte y en el que tiene que operar cualquier intento de superación). Tras su arresto, este interés toma una dimensión completamente nueva, especialmente en algunos círculos: El Solitario se declara anarquista y expropiador de bancos. En una carta enviada a la opinión pública desde la marcrocárcel de Zuera, Jaime Jiménez Arbe, El Solitario, se autoidentifica como "insurgente contra el capitalismo explotador" y justifica sus actos como ataques contra el "agente directo y

(Sigue en la página siguiente)

!Quema el dinero y baila!

Ahora nos dicen que hay crisis *y nos mienten*, tanto como cuando anunciaban la prosperidad de las vacas mutantes engordadas con transgénicos y química y plástico. Porque la recesión y la expansión *son una farsa*, los dos movimientos de avance y retroceso de la misma ola de servilismo, explotación y miedo que te voltea y te ahoga a ti, a mí, a nosotros, esclavos del salario que vivimos una crisis eterna ya que vivir es pagar por cada acto que se realiza y por cada sueño que se alienta, y ay del que se atreva a actuar y a desear fuera y contra el mercado.

Ahora nos dirán que la crisis tiene una causa concreta y razonable, que sólo ha fallado una pieza del sistema, que la avaricia es mala consejera y que errar es humano, pero no importa porque ha llegado el Rey Mago Baltasar con su saco repleto de promesas para refundar el capitalismo y repintar las baldosas que llevan a la Ciudad Esmeralda, pues Oz y su espectáculo deben continuar, y esto es entretenimiento. Y nos seguirán mintiendo, porque el capitalismo *no tiene cura*: es la crisis que se reproduce a sí misma arrasando hombres, mujeres, culturas y tierras, hasta la consunción definitiva del planeta.

Por eso es necesario destruir de una vez para siempre esa recesión y esa prosperidad y esa economía que tanto preocupan a algunos. Por eso quemamos el dinero, tótem y tabú, corazón y sangre, abstracción y realidad máximas del capitalismo: para acelerar la crisis destruyendo la riqueza de *sus* naciones, para que la recesión *receda* hasta ahogarse en su propio vómito financiero, para que se diluya la economía y resurja la vida. Porque el dinero que tanto se adora es tan falso como todo lo demás, humo pestilente que tendremos que disipar hasta que se aclare el gran día.

Se dirá quizás que ese dinero no nos pertenece, que forma parte del producto interior bruto y de la renta nacional y del tesoro real, monstruosidades malditas que empañan lo que una vez fueron las relaciones humanas de producción comunitaria, de intercambio, de regalo y de don. Pero, ¿acaso no nos lo habíamos ganado con el sudor de la frente? ¿No era nuestro, a cambio del trabajo, del tiempo de vida que hemos malvendido? Entonces nos queremos permitir el lujo gozoso de destruirlo, lujo que sin embargo está al alcance de cualquier bolsillo porque tan sólo se trata de estar harto, *y de atreverse*. Y si nos damos el capricho *gratuito* de destruirlo es simplemente porque no hemos encontrado ninguna otra utilidad mejor o que valga más la pena, y todo lo que se pueda hacer con ese dinero, ahorrarlo e invertirlo para que crezca y se multiplique como si fuera un virus, o gastarlo para comprar basura de última generación, consumir distracciones insípidas, subir pensiones de risa, pagar hipotecas vampíricas, o financiar campañas para reivindicar reformas lamentables, son otras tantas excusas que nos atan a la economía a la vez que la refuerzan. Ha llegado el momento de cortar semejante cordón umbilical: *negamos el capitalismo*, y por lo tanto *no queremos su dinero*.

Por eso lo quemamos, quemando de paso el tren de la economía con los listones de papel que forman sus vagones, y toda su mercancía. Y nos despedimos recordando, por si hubiera alguna duda, que en el mundo que todavía llevamos en nuestros corazones *existirá el baile, pero no el dinero*.

¡Crisis! ¡Más crisis!

1929…1973…2008… ¡a la tercera será la vencida!

¡Quema el dinero y baila!

Los críticos crónicos

(Panfleto repartido durante la quema de dinero real que se llevó a cabo en el curso de la manisfestación contra la cumbre del G-20 el 15/11/08 en Madrid).

responsable de la infelicidad humana", la "simbiosis criminal" entre capitalismo y Estado. A partir de aquí, en superficie, una trama conocida por todos: fabricación de El Solitario como un monstruo o payaso de circo para protagonizar la serpiente de ese verano, no sin cierta ayuda del propio individuo, alegremente inclinado a toda clase de comportamientos extravagantes. Sin embargo, debajo del barniz banalizador que irremediablemente recubre cualquier acontecimiento mediático, ¿esconden los actos de El Solitario una *latencia utópica reivindicable*? Cuanto menos, cabe hacerse estas preguntas en la medida en que su acción, actitud y manifestaciones han despertado todo tipo de reacciones, de reflexiones, de posicionamientos temperamentales, dentro y fuera de los círculos antagonistas, como si muy dentro de nosotros hubieran permanecido en estado de hibernación, siendo activados al contacto con El Solitario como con un *choque*. Si todavía confiamos en una cierta autonomía de nuestras pasiones, ese impacto merece nuestra atención liberadora por su virtud agitante. Si por el contrario consideramos nuestras pasiones como esencialmente colonizadas, nuestra atención estaría igualmente justificada para diagnosticar el grado de teledirección de las mismas.

Es preciso destacar, antes que cualquier otra cosa, la fuerte descarga de *realidad* que El Solitario ha depositado sobre nuestro automatismo diario. La vedette espectacular entusiasma a costa de *descomprimir* la realidad, de deshilar su densidad; el personaje de El Solitario, aunque también sea manejado como vedette por el espectáculo, concentra, desgarra, *desafía*[3]. Mientras que millones deshojan cada semana la margarita desconsolada de los juegos de azar, por el que el proletario sueña dejar de serlo, El Solitario presenta la posibilidad de una ruptura parcialmente exitosa (una quincena de años) con la fatalidad del trabajo. Mientras que los revolucionarios se sienten perdidos en laberintos de palabras que no tocan tierra, El Solitario supone, independientemente de la adhesión o del rechazo que suscite, la *materialización concreta de una rebeldía triunfante*. Y esta materialidad, con sus contradicciones y sus miserias, sus arrogancias y sus errores ortográficos, su sordidez y sus muertos, *aterra y exorciza*, no sólo al ciudadano bienpensante, también a muchos revolucionarios, porque todos vivimos bajo *una misma alucinación y una misma levedad*. En definitiva, frente a interpretaciones moralistas que ordenan el mundo desde un tosco dispositivo binario bueno-malo (y que funcionan también bajo estandarte revolucionario), El Solitario integra ambas cosas *porque es real* tanto en el desafío que lanza al mundo de la resignación como en la violencia que no duda en utilizar para cumplirlo, y por eso atrae y repele *a la vez* a los que no se atreven a celebrar en voz alta sus actos, pero tampoco pueden dejar de admirarlos y, tal vez, compartirlos con la ciega y desesperada simpatía del que comprueba que, al menos en esta persona, el deseo universal de *vivir sin trabajar*, lejos del látigo del patrón y de la miseria del mendigo, se ha hecho realidad. Y precisamente el hambre más urgente por el que los siervos del capitalismo avanzado también morimos desnutridos es un *hambre de realidad*, reverso (y antídoto) del realismo que no sólo no niega lo imaginario sino que se funda en él.

En un segundo plano, la insistencia con la que proclama la naturaleza expropiadora y política de sus actos ha provocado una fuerte polémica en el seno de los ambientes revolucionarios, donde personas y colectivos se han lanzado a la arena para dirimir sobre las incógnitas que plantea la filiación libertaria de El Solitario, reflotando a veces y con esta excusa la vieja disputa que mantienen posiciones individualistas y colectivistas dentro del anarquismo. Sin duda, muchas son las dudas razonables que este caso concreto ha puesto sobre la mesa. Se ha cuestionado la autenticidad de su posicionamiento subversivo, denunciado como un oportunismo desde distintos argumentos (la falta de conexión previa con el movimiento libertario o la sospecha sobre la motivación última de sus robos, que parecerían más animados por la codicia que por la crítica en actos al capital). Frente a este recelo, han respondido otros señalando la inutilidad de un oportunismo de este tipo y la impostura de concebir el movimiento libertario como un proyecto unitario en el que la información circula transparentemente. En otra línea, se ha puesto en evidencia la falta de coherencia de su discurso, tal y como refleja su carta a la opinión pública, bastante torpe ideológicamente hablando. También ha sido señalado, con justicia, que en comparación con los expropiadores canónicos del anarquismo (de ayer como Alexander Jacob, pero también de hoy como Claudio Lavazza) la calidad revolucionaria de El Solitario sale muy mal parada. No han faltado desconfianzas ante el valor revolucionario de su método así como reparos ante una ética que se dice anticapitalista y que dispara a las piernas de trabajadores, despertando de paso y por asociación de ideas la polémica nada peregrina ni inoportuna sobre la existencia y/o la potencialidad emancipatoria de esa misma clase trabajadora. Y sin embargo, con ser interesantes estos debates, el verdadero interés del Solitario está en otra parte.

Hemos defendido que la controversia apasionada despertada por El Solitario es ya de por sí significativa, síntoma de una potencialidad emancipatoria que, en algún sentido, debe esconderse en sus actos. Pero quizá el debate en los medios anarquistas sobre el individuo y su cualidad revolucionaria no apunte bien la dirección del tesoro que aquí sospechamos enterrado. Creemos que la potencialidad emancipatoria de este caso comienza a esclarecerse si, partiendo de la persona singular de Jaime Jiménez Arbe, se va *un poco más lejos*, y esto es casi un principio metodológico para la teoría crítica, válido para cualquier acontecimiento socialmente significativo que se quiera comprender, desde la cólera de los suburbios hasta el éxito del embrutecimiento voluntario propiciado por un nuevo *reality* televisivo. El análisis de los fenómenos sociales acierta cuando es capaz de superar la fenomenología analítica (propia de medios de comunicación y en general de todo el pensamiento burgués) e inscribe los hechos dentro de p*rocesos dialécticos más complejos*. Más allá de las posibles mezquindades y las incoherencias del personaje, no tan distintas en esencia de las de todos nosotros, el interés por El Solitario está en lo que de *social* e *histórico* tiene, no en lo psicológico. En otras palabras, lo valioso de su singularidad radica en que es un ejemplo de resistencia contra unas lógicas (la mercantil y la democrática) *apabullantes*, en la buenaventura que trae un sujeto capaz de romper de esa manera la primera ley de este mundo que es la pasividad, en sus peripecias como pruebas de la existencia de reservas atávicas desde las que todavía se puede pelear frente al pesimismo de tantos, que en su negatividad crítica hipostasían el espectáculo de tal manera que hacen imposible todo regreso a una desalienación positiva. Si se aísla el caso de El Solitario de este contexto histórico que, no debemos olvidarlo, sabotea la protesta en su nivel más elemental que es el de la *pulsión corporal de rechazo*, no se comprende el brillo subversivo que en acciones de este tipo puede llegar a resplandecer. Acciones como estas en una época como esta son *huellas* de un animal en gravísimo peligro de extinción. Este animal no es otro que el *hacer humano no domesticado* dentro de los parámetros y las permisividades de la supervivencia. En este sentido, la cuestión sobre la autenticidad ideológica de El Solitario se torna *irrelevante*, o al menos *secundaria*, porque su aporte como revulsivo del inconsciente social excede el obstáculo de la ideología. Falla y fallará siempre quien pretenda medir la validez de los actos rebeldes mediante la verificación de su denominación de origen ideológica. La crítica a la ideología como pensamiento cosificado, como sistema de preinterpretación de los hechos, todavía no ha sido asumida por muchos revolucionarios. "La teoría revolucionaria es enemiga de toda ideología revolucionaria" pero, frente a lo apuntado por Debord, parece que *todavía no sabe que lo es* y en cada convulsión social se repite una discusión, siempre vana, sobre el grado de conciencia de los implicados. Con todas las tareas que después queden por hacer, que son por supuesto inmensas, *la verdad seguirá siendo de quien sea capaz de practicarla*.

Y la verdad practicada por El Solitario es altamente reivindicable desde una consideración revolucionaria: tomar, un solo hombre, al asalto, la propia vida y no ceder al determinismo miserabilizante y alienante del sistema socio-económico capitalista. Después de todo, su forma de actuar se inscribe en una suerte muy particular de "guerra civil" que al proletariado nos constituye. A saber, reconquistar nuestra vida en la batalla cotidiana contra un enemigo que, por encima de otras tácticas, *nos divide y nos invade*, sesgándonos en una enajenación en la que nuestro policía interno es la fuerza de choque más importante. Contrasta la pulsión desalienante de El Solitario, capaz de pasar a la ofensiva ante la tortura del trabajo, con la *impotencia* que hace estragos incluso entre aquellos que se oponen a este orden social. Destaca especialmente su coraje y su talento, que guardan una energía liberadora añadida en lo *artesano de sus métodos*. Ante la omnipotencia de un poder altamente tecnificado, que sólo parece vulnerable desde los presupuestos tecnológicos que lo sustentan y que parecen condenar cualquier desobediencia a la tumba de su sofisticación (prototipo del delincuente *hacker*), El Solitario basó su fuerza en un espíritu del *"hazlo tu mismo"*, capaz de transformar materiales cotidianos en utensilios con los que burlar constantemente la autoridad. Nos referimos aquí a su armas de fabricación casera o a ese ingenio, de andar por casa y sin embargo tan efectivo y simpático, de taparse la palma de las manos y los dedos —y por lo tanto sus huellas dactilares— con esparadrapo. Y es que, tal vez, merced a su forma de actuar y a su anonimato —que le mantuvo durante quince años fuera de todo alcance—, El Solitario tuviera algo de fantasma, sí… ¡pero como fantasma era Fantomas!. De repente, se rompe la ilusión y todas las alarmas suenan: Fantomas deja de ser un personaje de tebeo y se torna real, actuando contra el poder con inteligencia y eficacia, burlón y triunfante. ¿Y no es Fantomas uno de los referentes claves de la subversión que no se conforma con la hagiografía del movimiento obrero, irrenunciable pero también insuficiente? Podríamos mencionar otros ejemplos más cercanos a nuestro tiempo, y por tanto más conocidos aunque menos ricos en cuanto que la cultura popular se ha convertido en el hijo predilecto del espectáculo y su mayor campo de batalla y de experimentación, como Bodhi el surfista que atracaba bancos para tomar la gran ola, V de Vendetta o Tyler Durdem[4]. Quizá El Solitario, sin tanta gracia pero con mayor contundencia, termine por ser un "cómplice popular" de aquellos que pertenecen a la tradición del bandidaje y alimente la leyenda. Ahí está, *a pesar de toda la pobreza de nuestra actualidad, una actualización potencial del mito emancipador del bandido*. Y una de las pocas razones por las que el posicionamiento ideológico de El Solitario poseería alguna importancia es, precisamente, en la medida en que podría dar a esta actualización mítica un acento social. Porque el mito del bandido, de enorme importancia como figura robustecedora de la esperanza de los pobres, ha contado tradicionalmente con dos versiones, el forajido y el bandido social, hoy en patente decadencia. El Solitario, a la manera de estos tiempos, resucita ambas, y *he aquí su carga turbadora.* En tanto que, durante muchos años, ha supuesto un auténtico quebradero de cabeza para la inteligencia policial, El Solitario encarna de manera ejemplar el arquetipo del fuera de la ley, ese individuo-héroe del principio de placer que sabe ganar la partida al principio de realidad, y que actúa en los imaginarios como referente *moralmente fascinante*, en palabras de Valle-Inclán en 1903 al respecto de un bandolero gallego. Por otro lado, cuando el Solitario se declara, con toda desfachatez, "expropiador de bancos", hay en sus palabras unas connotaciones que despiertan vagos recuerdos que lo hacen totalmente diferente del discurso terrorista al uso, como si un eco o un rumor (distorsionado) de la vieja guerra de clases llegara a las pantallas adormecidas de la actualidad. Y estos residuos de lo que en el siglo XIX se llamaba fascinación moral o cuestión social toman hoy, aunque sean falsos y en la medida en que el siglo XXI ha hecho de la supresión de la cuestión social y de la fascinación no mercantil axiomas de funcionamiento, *calidad de residuos radioactivos*. Y así son tratados.

He aquí otro de los nudos importantes que la crítica revolucionaria debe intentar deshacer. El revuelo levantado alrededor de El Solitario resulta paradigmático para entender *un modo* del proceder espectacular. Las maniobras de lo mediático para desactivar cualquier actitud que no sea la de la sumisión religiosa a las ceremonias de la explotación son múltiples, adaptadas a cada peligro. En este caso debe entenderse la operación del espectáculo como una *intervención desmitificadora*, lograda paradójicamente con la construcción de un *antimito*, o un mito espectacular, en definitiva y como ya se ha señalado, de una vedette, en la que este hombre ya había sido convertido mucho antes de su detención. La escenificación patafísica del juicio, en la que El Solitario ha colaborado con todo su arsenal de histrionismos, pues sin duda los hombres se parecen más a su época que a sus ideas, ha supuesto la traca final. La carga reencantadora y emancipatoria de El Solitario ha sido en parte desactivada cubriendo con el manto infame del *frikismo* la figura mítica del bandido, lo que es algo habitual en esta época, que no quiere malditos, ni excéntricos, ni dandys, ni emboscados, que puedan desmoralizar y dar que pensar, sino *frikis* con los que reír y pasar el rato. En el colmo de la imbecilidad programada y la búsqueda avariciosa de audiencia, se le dedicó hace algún tiempo, cuando aún no se sabía quien era, una emisión de ese lamentable programa televisivo dedicado a la pacotilla marciana y al timo esotérico, en el que se conjeturaba con que fuera un "atracador fantasma" (ahora sí, de simple neoplasma). Y es que la realidad, día a día más delegada, tiende a ser cada vez más sobrenatural, una imagen pregrabada que se proyecta sobre la pantalla del mundo que los ciudadanos consumen estupefactos y asintiendo. Resulta pertinente apuntar, aunque no haya sido buscado de manera intencional por una mano negra sino producido por la propia forma del *funcionar* espectacular, que la burla implícita en el show de El Solitario de los hechos y gestas de la historia del anarquismo ibérico juega un papel clave en la banalización requerida para la normalización del pasado traumático de este país, que aún reverbera en la memoria de la burguesía como una pesadilla. Completa esta operación de desmitificación el recurso de patologización/medicalización promovida desde la despreciable psiquiatría y su *estrategia despolitizadora*. Siguiendo los dictámenes de ese manual para la gestión social posmoderna que debe circular por las mesillas de noche del poder, la resabida fórmula de psicologizar (y por tanto individualizar y aislar) cuestiones cuyo carácter es social, ha sido aplicada a El Solitario de manera integral. Su verdadera locura[5] ha sido rebajada y distorsionada por toda una serie de *sofismas psiquiátricos* (trastorno de doble personalidad, narcisismo) que ejecutan la voluntad de aislar todo discurso singular que este tipo pudiera tener, *invalidando su palabra*.

Contrasta esta intervención abrumadora de descualificación mítica con el *silencio* que, paralelamente, se ha procurado organizar alrededor de otros, cuya peligrosidad, por distintas causas, resultaba mucho más amenazante. No entendemos el proceder del espectáculo si no tomamos en cuenta que, cuando le interesa, *se apaga*, deja de emitir, sumerge en la sombra a aquellas incomodidades que se ve incapaz de manipular. La huelga de hambre sostenida por Amadeu Casellas, genuino expropiador en la acepción más hermosa de la palabra y revolucionario incansable en guerra constante tanto dentro como fuera de las cárceles, ha sido manejada como un *tabú mediático*: ni una sola referencia en canal informativo alguno fuera de los ambientes antagonistas. Y es que la persona de Amadeu refresca con demasiada claridad los pasos fuertes de una época sobre la que es cuestión de vida o muerte para el poder *pasar de puntillas*, a saber, los años 70 y la virulencia del segundo asalto de los proletarios de todos los países contra todos los poderes. De un modo análogo, y aunque no se trate exactamente del mismo tipo de acción, si la estafa expropiativa de Enric Duran se ha filtrado a través del cordón sanitario impuesto por el bloqueo mediático, ha sido porque la brillantez y la destreza de su movimiento fue tal que resultaba imposible ignorarlo por completo[6]. Y no es abusivo poner en la misma línea de sombra al Solitario, a Casellas y a Durán en cuanto que todos ellos encarnan, cada uno a su manera y por distintas causas, una última y misma rebelión contra la economía y sus perros guardianes: por ello la dominación les administra una misma suerte, aunque por medios también distintos, sobreexposición mediática en un caso, emparedamiento e invisibilidad en los otros. Pues lo que está en juego es que de ninguna manera el relato y la moraleja de estas vidas se entrecruza con otros relatos y otras moralejas que a toda costa hay que mantener separadas, por ejemplo la crisis económica actual provocada por la mafia financiera y, en fin, la economía en su conjunto, no vaya a ser que tales ejemplos *cuajen*, o que se carguen del prestigio de la venganza y del contraataque, o que siquiera pongan en evidencia que lo que molesta a la dominación es que suponen una competencia desleal que al robar hace exactamente lo mismo que los banqueros, pero fuera del marco legal del capital, y contra ellos. Por eso la *cuarentena*, perpetrada con la luz cegadora de las cámaras o con la oscuridad de la mazmorra, y más o menos perfecta según la potencia del foco infeccioso a aislar pero en cualquier caso *siempre efectiva*, será decretada por el espectáculo allá donde lo necesite. Bajo su gobierno, los hechos unívocamente iluminadores de la imaginación subversiva nunca podrán salir del gueto.

Porque los mitos, que dan unidad y sentido a cualquier hacer humano, también al proyecto revolucionario, ya no emergen tan fácilmente de manera *espontánea* del metabolismo social. Se encuentran en gran medida *adulterados* y *monopolizados* por la fábrica de (malos) sueños del espectáculo, sueños en serie que el dinero sí puede comprar, pesadillas anfibias que al suplantar a la realidad dejan paradójicamente muy poco espacio para que respire lo imaginario. En esta tesitura no queda más remedio que diagnosticar una crisis profunda de la narración emancipatoria. Nuestra época carece de esa narración fuera y dentro de la historia

(Sigue en la página siguiente)

que aliente encantamientos necesarios, y las débiles excepcionalidades que podrían reencantar la rebeldía hace tiempo que *no se bastan por sí mismas*. De alguna manera tienen que ser empujadas y nadar, además, con la corriente de la opinión pública, corriendo siempre el peligro de la trivialización recuperadora y de la artificialidad. Aunque desearíamos que figuras como la de Amadeu Casellas, Lucio Urtubía o tantas otras individualidades revolucionarias sirvieran de *semillas* (que no de ídolos) para las leyendas que vendrán, intuimos que los estímulos para una imaginación subversiva verdaderamente popular se darán desde otros presupuestos, mucho más oscuros pero también mucho más accesibles para el explotado de a pie. Posiblemente en el personaje de El Solitario se encarna una micro-narración de tipo mítico, autónoma y singular, evidentemente *impura* pero capaz de excitar los sueños audaces *que nos son comunes* a todos los puteados de este tiempo, aunque en su caso esa temporalidad no haya estado precisamente de su lado[7]. Y específicamente, los revolucionarios deben enfrentar la impureza como un *reto*, rescatar su verdad secuestrada, superarla. Pues a través de estas y otras suciedades todavía continúa el reguero de pólvora de una historia que sabemos que aún no ha dicho su última palabra.

Eugenio Castro, Julio Monteverde, José Manuel Rojo, Emilio Santiago, Ángel Zapata.

NOTAS:

1. Por no hablar, es evidente, del País Vasco, donde la adhesión inquebrantablemente democrática al régimen ha eliminado los derechos *burgueses* que permitían abstenerse de dar una opinión o de declarar contra uno mismo, violación descomunal de la propia legalidad del sistema que por su misma enormidad, y por el contrabando emocional que administra en aras de la "lucha contra el terrorismo", *no deja ver* otros atropellos no tan llamativos pero igual de preocupantes que han sido forjados en su mismo molde.

2. Lo más triste del ejemplo citado de la Telefónica es la reacción de los sindicatos afectados, que juran y perjuran que sus movilizaciones se han desarrollado "sin ningún incidente, ni con la empresa ni con los guardias de seguridad ni con sindicato o sindicalista alguno" (*Telefónica: el miedo como forma de sometimiento*, Alternativa Sindical de Trabajadores, 17-9-2008), como si tales *incidentes* no estuvieran sobradamente justificados, o no fueran necesarios en cualquier conflicto social de ahora y de siempre, como demuestran las huelgas y protestas cada vez más salvajes que estamos presenciando. Pero si se puede suponer que tras estas declaraciones sólo se esconde la táctica prudente que busca una solución práctica a los despidos de estos trabajadores, qué podemos decir (y deducir) de esa "afiliada de CC.OO.", y del medio "revolucionario" que la publica, cuando afirma que "algunos manifestantes rompieron los cristales de los locales de estos sindicatos en el Distrito C e increparon a los que allí se encontraban. *Aunque no podemos estar de acuerdo con estos métodos ya que se utilizan contra los trabajadores*, sí son el reflejo del gran malestar existente en la plantilla" (*El Militante*, 6-7-2008, http://www.elmilitante.org/content/view/4862/37/. El subrayado es nuestro).

3. En este sentido, ¿por qué no considerar toda la fisicalidad y gesticulación asociada a sus manifestaciones como una anatomía de lo real en un hombre cuya conducta salta por encima de la simulación espectacular a la que es sometido, hasta convertirle en protagonista forzoso de un culebrón sociológico chapucero puesto en escena por los periodistas?

4. Se nos reprochará entonces que prestemos alguna atención a los frutos de una cultura popular adulterada y roída desde dentro por la economía: es que ese hijo es a veces un hijo terrible, el campo de batalla escondite de la guerrilla revolucionaria, y el conejillo de indias, monstruo mutante que se levanta contra su creador. Es decir, que no todo esta totalmente controlado, y que la penetración de las mentalidades y de los imaginarios por la ideología de la dominación no impide las disfunciones, los cortocircuitos, los desvíos, en fin, el retorno de lo reprimido que paradójicamente encuentra su voz en el mismo producto cultural –sea una película, una canción, un movimiento juvenil- que estaba diseñado para ahogarlo. El problema es distinguir lo uno en lo otro; volveremos sobre ello.

5. En términos de David Cooper: la expresión política de una acción extremadamente liberadora.

6. Recordemos que Enric Duran, a lo largo de varios años, logró estafar al sistema bancario casi medio millón de euros a través de pequeñas solicitudes de crédito nunca devueltas y contratadas a través de empresas ficticias. El dinero obtenido ha sido destinado a financiar una publicación contrainformativa con una tirada gratuita de más de 200.000 ejemplares y a diversos movimientos anticapitalistas catalanes. Duran ha reivindicado la acción a cara descubierta como un acto de desobediencia civil a través de Internet, pero ya en paradero desconocido para evitar consecuencias represivas. A pesar de la magnífica ejecución de este plan de insumisión bancaria, uno de sus pilares, que era la visibilización de una resistencia efectiva y al alcance de todos, no se ha desarrollado de manera completamente satisfactoria. En una entrevista que puede leerse en kaosenlared, Enric Duran reconoce que "el efecto sorpresa y la simpatía que la acción ha recibido de muchos periodistas han sido claves para romper el filtro mediático. Especialmente en Internet, radios y prensa, así como algunos programas de televisión. Pero el filtro lo han conseguido mantener en los informativos de televisión, que es el espacio más controlado políticamente"

7. Nos gustaría preguntarnos cómo hubieran sido interpretadas las andanzas del Solitario si hubieran coincidido con la implosión del sistema financiero y a la enésima crisis que hoy soportamos. La misma pregunta valdría para aquella epidemia de rabia incomprendida que hizo arder tantos cajeros automáticos y sucursales bancarias hace unos años: ¿habría florecido con mayor vigor la semilla insurreccional en el terreno abonado de la angustia de la hipoteca impagada y del trabajo en el aire, en vez de agostarse en la tierra baldía de la indiferencia y el aislamiento? ¿asistiremos hoy a una nueva siembra más fructífera?

AYUNTAMIENTO DE MÓSTOLES

08 móstoles18082008

CIUDADANOS Y CIUDADANAS DE MÓSTOLES

¡¡¡A LAS ARMAS!!!

Es notorio que nuestra pequeña gran ciudad de Móstoles vuelve a encontrarse ante una encrucijada histórica de extrema gravedad y milenario alcance . Si hace 200 años sufríamos la invasión de los franceses que, comandadados por Napoleón, pretendían imponer la perfidia masónica a nuestro honroso pueblo, hoy es la invasión del Capital Internacional la que pone en peligro nuestros usos y costumbres y la vida misma a través del sometimiento general a las reglas del mercado y a las leyes no declaradas del mundo de la mercancía.

Resulta doloroso observar como nuestra juventud pudre sus mejores años entre la rutina de un trabajo cansino y embrutecedor y la falsa evasión del fin de semana, programado como una válvula de escape para que no revienten y vuelvan el lunes a trabajar. Resulta desesperanzador observar a las madres y los padres de nuestro pueblo reducidos a soledad, cansancio, compras y amor a cuentagotas en un mar de miedo. Y llena de tristeza observar a nuestros mayores, los cuales tras años de sacrificio, son tirados a la basura de los asilos como una cáscara de naranja a la cual el Capital ya le chupó toda la vida.

Y si algo hemos aprendido de nuestros valientes mártires Andrés Torrejón y Simón Hernández, que tomaron las armas contra las hordas napoleónicas aun amparadas por el gobierno legal de José I, es que ninguna ley o constitución tiene la última palabra, ya que la última palabra estará siempre en la fuerza que el pueblo pueda ejercer.

Por tanto, sería impropio del heroísmo y la gallardía que han caracterizado siempre a nuestro pueblo mostoleño evadir la responsabilidad que la guerra de clases exige a todos y cada uno de nosotros en este momento en que la vida misma se encuentra en peligro de extinción, casi totalmente anegada por la supervivencia falsificada.

Ante esto, y siguiendo la tradición de una villa levantisca, publico este histórico bando llamando al pueblo de Móstoles a la Huelga Salvaje Generalizada defendida por las armas a partir de las 00:00 horas del día 2 de Mayo del 2008.

COMO HACE 200 AÑOS, LEVANTÉMONOS EN ARMAS CONTRA EL INVASOR PARA DESPRENDERNOS DEL PESADO YUGO DE LA ESCLAVITUD ASALARIADA.

POR LA VICTORIA DE LA CLASE TRABAJADORA. POR LA DICTADURA ANTIESTATAL DE LOS CONSEJOS OBREROS. POR LA REALIZACIÓN TOTAL DEL SER HUMANO. POR EL COMUNISMO. POR LA ANARQUÍA.

¡¡¡MÓSTOLES ASKATASUNA!!!

Esteban Parro del Prado
Alcalde de Móstoles

Cartel distribuido en la ciudad de Móstoles por el colectivo Huerfanos Salvajes

¡¿Crisis?! ¡¡Qué la paguen lxs ricxs!!

Estos productos que puedes coger gratis han sido expropiados / recuperados / robados de una empresa Capitalista. Es decir, parte integrante del Sistema de Explotación que nos obliga a vender nuestro tiempo bajo el yugo del Trabajo Asalariado, que nos condena a la esclavitud y le enriquece, de un Sistema con una clase Política que se ríe de nosotrxs hablando de cumbres de refundación del Capitalismo mientras la crisis la pagamos la gente de siempre: currelas, juventud, mujeres, inmigrantes...

En un mundo donde todo está mercantilizado este tipo de acciones buscan demostrar que es posible la lucha directa, una lucha de ataque contra un Sistema basado en la explotación humana y del planeta, un Sistema que mercantiliza y hace negocio de todas o casi todas nuestras necesidades vitales: comida, alojamiento, vestimenta...

Porque estamos cansadxs de sus promesas incumplidas, de sus mentiras, de su prepotencia, de su legalidad asfixiante...

¡¡NO queremos la REFUNDACIÓN DEL CAPITALISMO, queremos su DESTRUCCIÓN!!!

Nos declaramos en guerra contra toda forma de explotación: nos vestiremos y comeremos arrebatando de sus tiendas y supermercados, nuestras necesidades vitales no deben de estar mercantilizadas.

¡¡Mañana la Autogestión será necesaria, hoy lo es la expropiación!!
¡¡¡NO LES COMPRES NADA!!!
¡¡¡QUÉ LA CRISIS LA PAGUEN LXS RICXS!!!

¡HOY NOSOTRXS, MAÑANA TÚ!

CONTRA EL ESTADO Y EL CAPITAL...
¡¡GUERRA SOCIAL!!

(El pasado 15 de noviembre se produjo una expropiación y posterior distribución de alimentos de un supermercado Eroski en el barrio del Besós de Barcelona. Esta es la octavilla que lxs vecinxs pudieron leer).

SOBRE LAS DETENCIONES DE JULIEN COUPAT Y SUS CAMARADAS DE TARNAC

Los acontecimientos que vamos a relatar podrían y hasta desearían ser presentados como el sofisticado argumento de un *polar* de Alain Delon, pero recuerdan más bien al torpe guión y a la maldita gracia de un bodrio de Louis de Funes, y lo peor es que no se trata de una ficción sino de realidad, *si esto es una realidad*. Desde hace algún tiempo, los servicios de información de la policía francesa estaban avisando sobre "un resurgimiento de un terrorismo de extremistas de derecha y de izquierda", a pesar de no disponer de "amenazas precisas" ni saber nada de "grupos constituidos"; sin embargo, "un pequeño número de individuos" se reclamaban "de la esfera de influencia autónoma", lo que aconsejaba todas las precauciones. A principios de este año, la ministra del Interior Michèle Alliot-Marie insistía en "temer un terrorismo de extrema izquierda" ante signos tan alarmantes como los graffiti pintados en los edificios públicos, o las acciones en contra de las nuevas cárceles (NOUVELOBS.COM 18-11-08). Sin duda esto explica que en junio todas las investigaciones relacionadas con la "esfera anarco-autónoma" fueran asumidas por los jueces antiterroristas, con la consecuencia lógica de una ola de arrestos de jóvenes acusados de poseer armas de destrucción masiva, o, cuando menos, "sustancias que podrían servir para la confección de pequeños explosivos". Ya en abril se había abierto una investigación a un grupo sospechosísimo que se había instalado en Tarnac, pueblo de 335 habitantes del departamento de Corréze donde compraron una granja para ensayar la ruptura con el capitalismo. Allí se desembarazaron de sus móviles, empezaron a criar ovejas y pollos, reabrieron la vieja tienda de ultramarinos y echaron una mano a los ancianos del lugar, sin olvidarse de seguir en contacto con los medios revolucionarios y participar en sus luchas.

Entretanto, y como en el mundo no pasaba nada más interesante, desde finales de octubre el sabotaje de las catenarias de varias líneas de TGV conmueve a la opinión pública que clama justicia, lo que obliga a abrir una nueva investigación…antiterrorista, por supuesto, aunque la SNCF lleva varios años manteniendo un duro enfrentamiento con los sindicatos ferroviarios, y ya en 2007 se hubieran producido sabotajes no aclarados. Mira por dónde, la policía tiene la "certidumbre" de que dos miembros de aquel grupo de Tarnac "se encontraban en las proximidades de unos de los lugares donde se cometieron los destrozos". Y puesto que ese grupo era "potencialmente peligroso", el caso estaba resuelto: el día 11 de noviembre la policía irrumpe en Tarnac y detiene a nueve personas, desmantelando así una "célula invisible", "estructura con vocación terrorista", en la que podrían participar "unas 300 personas". Bravo, pero por ahora los investigadores han reconocido que "no hay ningún elemento material que permita relacionarles directamente con los actos de destrozos (…) y no se les puede imputar directamente tal o cual hecho preciso" (Le Point.fr 14-11-08), y en efecto no hay ni huellas genéticas en los raíles, ni armas en la granja: sólo un horario de trenes, y "diversos elementos que *pudieron* utilizar para fabricar y colocar los dispositivos con los que se inutilizaron varios tramos de catenaria" (EFE 16-11-08, el subrayado es nuestro), dispositivos que no son precisamente sencillos ni de hacer ni de utilizar[1]. Por cierto que el desmantelamiento de la célula invisible no detiene los sabotajes: la misma tarde del 11, otros fantasmas paralizan la línea Caen-Tours colocando bloques de hormigón demasiado visibles sobre los raíles. Por cierto que los paisanos de Tarnac no se tragan la acusación de terrorismo, y han fundado un comité de apoyo a sus amigos que se ha extendido a otras ciudades. Por cierto que el supuesto "cabecilla" del grupo se llama Julien Coupat, joven intelectual revolucionario y miembro fundador del colectivo Tiqqun, que goza de notoriedad en los ambientes radicales y que ha publicado recientemente *L'insurrection qui vient*, obra en la que reflexiona con cierta desenvoltura sobre la vulnerabilidad técnica de las metrópolis y el arte del sabotaje; quizás por ello, como en la época dorada de Metternich, el libro se ha convertido en prueba de cargo contra su autor, y su posesión causa suficiente para ser detenido.

En fin, no insistiremos en lo que parece obvio, pues hasta el Inspector Clouseau sería capaz de olfatear el inconfundible aroma de la pantera de la intoxicación, de la acusación prefabricada, de la amalgama indecente entre investigaciones que no tienen en común más que la prisa por encontrar culpables, y la voluntad de aterrorizar y estigmatizar a esa *esfera anarco-autónoma* tachando de terrorismo a todo lo que se mueva[2]. Y si no es menos descarada la conexión entre tal maniobra y una crisis que aconseja "organizar una grosera operación de diversión pues el poder miente para proteger a los financieros criminales"[3], quizás tenga más interés, para los tiempos que corren y correrán, observar que es sin duda la condición de intelectual revolucionario la que ha proporcionado *el perfil adecuado* a Coupat y por ende a sus amigos, *en el preciso momento en que la actividad intelectual se une a la práctica revolucionaria más beligerante*[4]. Práctica que se manifiesta no sólo en sus contactos con el movimiento okupa o su participación en las manifestaciones contra el G8 y las cumbres europeas, sino en esa *idea física de la revolución* que parece que les ha llevado, como a otros antes de ellos, a escapar de la prisión industrial y del trabajo asalariado en busca de la autonomía material que permita experimentar en la existencia concreta las primicias de su utopía: la realización de una forma de vida, y una liberación de las intensidades. Como ya sucedió en el caso de René Riesel, distinto en el fondo y en la forma pero análogo en lo que a la represión toca, es esa coincidencia del pensar y del actuar la que no puede producirse, y ha de impedirse que trascienda en una juventud activa en los dos campos, pues no puede cundir el ejemplo, aún menos en un período de crisis susceptible de que la revuelta se objetive y alcance, quién sabe, carácter de insurrección general.

Por último, sea cual fuere el resultado de la "investigación criminal" que atenaza a los Nueve de Tarnac, quisiéramos dejar claro que negamos la legitimidad de la dominación a la hora de monopolizar el lenguaje y el significado de las cosas: que hacemos constar nuestro repudio absoluto a la acusación de "vocación de terrorismo" de la que se infiere una ofensiva del Estado para cerrar el círculo de la punibilidad y de la represión de las ideas disidentes, que insistimos en que una acción que se ha limitado a reducir la sacrosanta velocidad de unas decenas de trenes *no es ni puede ser terrorismo* sino sabotaje, como el que realizaban los seguidores de Gandhi para detener los ferrocarriles ingleses, ejemplo donde los haya de intachable pedigrí democrático aunque desde luego se nos ocurran muchos otros más sabrosos; que ni el Estado francés ni ningún otro tienen derecho a hablar de terrorismo y de violencia cuando desde que el mundo es mundo el poder chapotea en la sangre que vierte a cada movimiento. Que terrorismo es la guerra y la economía, los proyectos de jornadas de trabajo de 65 horas y de jubilación a los 70 años, la destrucción de las ciudades y la turistización del mundo, la sociedad industrial que se devora a sí misma, los códigos penales que se endurecen hasta lo absurdo, el vacío vital, la tristeza y el miedo. Que violencia son las relaciones sociales capitalistas, y las leyes y la ideología que las defienden y justifican.

Es verdad que estas sencillas afirmaciones no son sino los preliminares de cualquier crítica y de toda acción, pero no lo es menos que para abolir la mediocridad de nuestro universo tenemos que destruir primero el poder enunciativo de los que actúan como sus dueños. Y esa enunciación ha alcanzado ya las cotas enfebrecidas de la pesadilla. Que nuestra simpatía vaya hacia todos aquellos que intentan cerrar para siempre esa boca de sombra ponzoñosa.

Grupo surrealista de Madrid

Para más información ver: www.soutien11novembre.org

Notas

1. Según explica un comunicado de la *Fédération Anarchiste*, "en las catenarias de una línea TGV pasan 25000 voltios, y es muy arriesgado crear un potente arco eléctrico anudando un cable", por lo que es difícil atribuir el sabotaje a individuos "cuya competencia técnica no ha sido establecida ni se ha encontrado su equipamiento" (11-11-08).

2. Como decía uno de los caídos en la caza de brujas, para ello basta "un control de identidad en el curso de una protesta salvaje, la frecuentación de un lugar o una persona, una lectura o una opinión subversiva" (*Carta de Juan desde la prisión de Rouen*, octubre de 2008, http://endehors.org)

3. CNT-AIT Toulouse, *Llamamiento de solidaridad con el Comité de Tarnac*.

4. Es evidente que las divergencias que algunos de nosotros mantenemos con el pensamiento de Coupat y en general de Tiqqun pasan ahora a segundo plano por mera solidaridad, pero no deben ni pueden desaparecer u ocultarse, por la misma sinceridad de esa solidaridad. De la misma manera, estas consideraciones no suponen por nuestro lado una fetichización ingenua de la clandestinidad, la violencia o el activismo individual como medios de lucha válidos *per se*.

EL DEVENIR DE UNA ILUSIÓN

"Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, con el fin de formar una unión más perfecta, establecer la justicia, asegurar la tranquilidad interior, proporcionar la defensa común, promover el bienestar general y asegurar las bendiciones de la libertad para nosotros y la posteridad, promulgamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América".

Preámbulo de la Constitución de los EE.UU. de 1787

"Nosotros, los líderes del grupo de los 20, hemos celebrado una reunión inicial en Washington el 15 de noviembre entre serios desafíos para la economía y los mercados financieros mundiales. Estamos decididos a aumentar nuestra cooperación y trabajar juntos para restablecer el crecimiento global y alcanzar las reformas necesarias en los sistemas financieros mundiales".

Declaración de la Cumbre de Washington de 2008

EL CEMENTERIO DE TRENES DE SALAR DE YURI

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de la producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria.

Karl Marx, El capital (tomo I)

Periferia del Salar de Uyuni, en Bolivia. A un lado de la línea férrea a través de la cual continúa sin interrupción el "vaciamiento" de las profundidades minerales del altiplano. Junto a las dos líneas de acero que unen en recta los yacimientos del departamento de Potosí y la costa chilena. Rodeado de una llanura infinita de sal que aún en el cementerio de trenes sólo se intuye, pero que se extiende hasta un horizonte dominado por volcanes. El saqueo va dejando su rastro, aquí un fosal de vagones que encabeza la herrumbre de sus locomotoras. Sin embargo, el orín no es exclusivo del metal. Hace tiempo que el boliviano se mimetizó con la mina, el socavón y la cantera. Lo hace patente su piel pero también las ciudades en las que sobrevive, aglomeraciones alrededor de las ruinas de iglesias y palacios, vaciadas por sus propios párrocos. Una vez se extinguió el destello argentífero de los cerros se continúa cargando los vagones con estaño, la basura que los españoles despreciaron, el veneno que alimenta a una población mermada. Tuvieron que desaparecer ocho millones de indígenas durante la conquista para abonar esta tierra de la que debía brotar la plata. En un lugar donde las madres mataban a sus hijos para salvarlos del tormento en las minas solo quedan los fantasmas de una riqueza muerta: los edificios ruinosos y la chatarra. De la muerte que acompaña a esta riqueza desde el desembarco del naufragó de Solís, una vaga y maleable conciencia colectiva de humillación que mercaderes de palabras utilizan para acceder a un poder prestado desde la distancia. La población se exilia y los dueños del subsuelo, que lo son también de todo aquello superficial, deben buscar otro paradigma que retenga a los hombres en la oscuridad de las galerías. La arenga patriótica que acompaña a ese espejismo de reapropiación, que moviliza a un pueblo vestido aún como Carlos III dispuso hacia la nacionalización de gas, petróleo y mineral, hacia la estatización de sus cadenas, parece haber surtido el efecto deseado y asegura que prosiga extendiéndose la miseria. Las montañas continuarán siendo ahuecadas unas décadas más hasta ser agotadas o hasta que se hundan sobre sí mismas. El cementerio seguirá extendiéndose. Otras locomotoras acompañaran a las retratadas.

Texto y fotos: Pablo Hernández

DEUS EX MACHINA
Resistencias a la mecanización de los cuerpos

En el teatro antiguo, los dioses del Olimpo descendían de las alturas para resolver los conflictos o para darle una salida a los impasses trágicos; un sistema mecánico de engranajes permitía poner en escena esta intervención salvadora, y de ahí derivó la expresión bien conocida de *deus ex machina* (un dios desde una máquina). En la civilización capitalista moderna, la puesta en escena ha cambiado de naturaleza: ahora es la *machina* misma la que desempeña el papel de un dios, es adorada de rodillas como una verdadera divinidad y conminada a aportar una solución para todas las dificultades. Vivimos en la era de la *religión de la máquina*, cuyos ritos son oficiados con fasto por un clero tecno-científico particularmente intolerante. Este nuevo *deus ex machina* también exige —a una escala incomparablemente más vasta que sus ancestros Baal o Moloch— sacrificios humanos. Y, como todas las divinidades, se arroga la función de modelar a los seres humanos a su imagen, es decir: a imagen de la máquina.

El primer mandamiento de la religión mecánica es, pues, la sumisión de los humanos a los Aparatos y, en último análisis, la mecanización exhaustiva de los cuerpos y los espíritus. Se puede considerar a René Descartes como uno de los fundadores de este nuevo culto: "yo considero al hombre —escribía en sus *Meditaciones metafísicas*— a la manera de un reloj compuesto de engranajes y contrapesos". No es posible resumir mejor el espíritu cartesiano de racionalidad mecánica. Evidentemente, la Revolución industrial del siglo XVIII permitió pasar de la etapa de las especulaciones metafísicas a la de los trabajos prácticos: su objetivo era —según las bellas e inequívocas palabras del empresario "filántropo y liberal" Josiah Wedwood— "convertir a los hombres en máquinas, que no pueden cometer errores". ¿Objetivo alcanzado? En parte sí; sin duda. En Inglaterra, observaba el poeta Henri Heine, "las máquinas se parecen a los hombres y los hombres a las máquinas". Como vieron claramente nuestros antepasados luditas, las nuevas máquinas no tenían por objetivo aligerar el trabajo humano, sino transformar a los obreros en engranajes del Aparato Productivo. Charles Dickens, en *Tiempos difíciles*, describía ya la condición de los obreros encadenados a los dispositivos mecánicos; buscando un equivalente al movimiento de los pistones de una máquina a vapor en una fábrica, se refiere a un ritmo que "subía y bajaba monótonamente como la cabeza de un elefante loco de melancolía". Una imagen audaz, sin duda, pero una comparación perfectamente inexacta, puesto que ningún elefante —cualquiera que sea su grado de locura o melancolía— podrá nunca reproducir la infinita, la interminable, la aplastante monotonía del movimiento mecánico. Otro paso en la servidumbre, y de enorme importancia también, fue el que llevó a cabo Henry Ford: "Nuestro Ford", como se le llama en las plegarias de los buenos ciudadanos que imaginó Huxley en *Un mundo feliz*. A Ford se debe, en efecto, no solamente la producción en masa de una máquina infame —una jaula de acero sobre ruedas donde los humanos habrían de ser encerrados de por vida—, sino también, gracias a su cómplice Taylor, el invento de la producción en cadena, obra maestra científica que consuma la sumisión intregral de los trabajadores a los movimientos repetitivos de la Máquina. Mientras que los amigos de Ludd atacaban las máquinas nefastas con ayuda de hachas y martillos, los románticos fueron unos de los primeros que en el mundo de la cultura se rebelaron contra la mecanización de la vida humana. El espíritu libertario y anti-estatal del Romanticismo estaba inspirado por la convicción —expresada en 1797 en un documento anónimo (aunque atribuido a Schelling), y conocido como *El sistema más antiguo del idealismo alemán*— de que "todo Estado trata necesariamente a los seres humanos como a un sistema de engranajes mecánicos". Los escritores románticos estaban obsesionados por la pesadilla de la total automatización de los cuerpos. "El vendedor de arena", de E. T. A. Hoffmannn, narra la historia de un hombre a quien las danzas y los cantos de la bella Olimpia vuelven loco de amor, sin que consiga percatarse de que su voz y sus movimientos "tenían esa medida regular y desagradable que recuerda el juego de las máquinas". El relato termina de forma dramática, con la desarticulación de la muñeca-autómata a manos de sus dos diabólicos fabricantes, que pelean por el precio de sus ojos. En un comentario sobre Hoffmann, en 1930, Walter Benjamin observa que sus cuentos están fundados sobre la identidad de lo automático y lo satánico, identidad que apunta a la vida del hombre moderno como "al producto de un infame mecanismo artificial, regido desde su interior por Satán".

Claro que para Benjamin no es el diablo —sino otro tipo de Amo sin rabo ni cuernos, aunque provisto de una lengua bífida— quien mueve los hilos de la Santa Mecánica, a saber: el Capital. Esto es lo que Benjamin señala en su gran obra inacabada, *El libro de los Pasajes*, inspirándose, obviamente, en los análisis de Marx: merced al adiestramiento que lleva a cabo la máquina, los trabajadores son obligados a "adaptar su movimiento al movimiento continuo y uniforme de un autómata". El obrero sufre con ello una profunda pérdida de dignidad y "su trabajo se vuelve impermeable a la experiencia". La pérdida de la experiencia está estrechamente ligada —en opinión de Benjamin— a la transformación de los individuos en robots: los gestos repetitivos, vacíos de sentido y mecánicos de los trabajadores confrontados con la máquina vuelven a encontrarse en la gestualidad de autómata que caracteriza a los que pasean entre la multitud, tal como son descritos por Poe y Hoffmann. Tanto unos como otros tienen comportamientos meramente reactivos, como muñecas animadas "que hubieran liquidado por completo su memoria". La alegoría del autómata, la percepción aguda y desesperada del carácter mecánico, uniforme, vacío y repetitivo de la vida de los individuos en la sociedad industrial es una de las grandes iluminaciones que atraviesan los últimos escritos de Benjamin. Pero la mecanización de los cuerpos y los espíritus puede tomar igualmente una forma "científica" con la creación de *cyborgs*: seres humanos cuyo cuerpo ha sido "puesto en circuito informático" o "médico" con experiencias de instalación de electrodos en el cerebro para controlar los comportamientos "asociales". En una notable novela de inspiración libertaria, de 1970 —*Women on the edge of time*—, la escritora norteamericana Marge Piercy describe la revuelta de una mujer de origen mejicano, dotada de la capacidad de viajar mentalmente al futuro, que es internada en un hospital psiquiátrico y usada como cobaya en experimentos de cirugía cerebral y control electrónico de la voluntad. Al final, la protagonista no consigue salir de su encierro más que poniendo veneno en la máquina de café que usan los jefes del laboratorio.

Contra la sumisión de los individuos a las máquinas —en su trabajo, su "ocio", su vida social y cultural, e incluso en sus vínculos afectivos—, contra la transformación del ser humano en muñeca mecánica, los surrealistas no han cesado de reaccionar. Siento un especial cariño por aquellos cuya arma secreta en este combate es el humor negro. Un ejemplo entre muchos otros —aunque especialmente impresionante— se encuentra en el texto breve de Jan Svankmayer titulado "El futuro es de las máquinas Ipsatrices", aparecido en *La Civilisation surréaliste* (1976). En su versión artesanal, esta máquina se presenta, para los hombres, bajo la forma de una muñeca de tamaño natural, provista de un "singular mecanismo": una apertura que "simula el orificio vaginal, y donde el *ipsante* introducirá su pene a fin de ser *ipsado*, gracias al movimiento de balanceo que él mismo habrá puesto en acción". En su versión automática —que estará a disposición del público en estadios, estaciones, hoteles, etc.—, la máquina ipsatriz funciona con una moneda que será introducida en la rendija del aparato cada tres minutos, como las cabinas de teléfono. Invención portentosa donde las haya, la máquina *ipsatriz* "libera al *ipsante* de los tediosos protocolos que requiere cualquier partenaire, y le exime de todo cortejo". Sería interesante, en esta línea, comparar la actitud (negativa) del surrealismo hacia la mecanización del cuerpo, con su fascinación por el maniquí: las "musas inquietantes" de Chirico o la muñeca eróticamente desarticulada por Bellmer, objetos de una transfiguración poética. Pero sobra decir que estas dos figuras no remiten a ningún tipo de maquinismo, sino a la estatua y su metamorfosis mágica en cuerpo vivo, según el mito de Pigmalión.

La misma escritura automática —expresión suprema de la libre subjetividad individual y colectiva— ¿no puede entenderse como una réplica radical por parte del surrealismo a la destrucción del sujeto llevada a cabo por el proceso de "automación" moderno? En cualquier caso, estoy convencido de ello. Mientras el cuerpo delicioso beba el vino nuevo —y no los residuos de un cambio de aceite— toda esperanza no estará perdida.

P. S. Estas notas sueltas son —me consta— perfectamente parciales y unilaterales. En ellas he prescindido de todo aquello que podría —como las máquinas deseantes o las máquinas célibes— orientarse hacia lo maravilloso. Me he limitado a seguir mi propia desconfianza, subjetiva e instintiva, hacia la "Cosa" mecánica, esbozando la línea de una contestación imaginaria que va de los románticos a los surrealistas.

Michael Löwy
Traducción de Ángel Zapata

CUANDO EL CAPITALISMO SE VUELVE ECOLOGISTA

Charlas en La Mistelera (Dènia) y en Casa els Flares (Alcoy) el 28 y 29 de diciembre de 2007.

Desde que el capitalismo se aposentó en el planeta no ha hecho otra cosa que destruir el medio natural para forjar uno propio donde crecer obligando a los individuos a adaptarse. La ciencia y la técnica adquirieron un impulso decisivo y un amplio desarrollo merced a las resistencias a tal adaptación, al punto que el capitalismo no solamente ha sabido superar todos los obstáculos, sino que los ha ido convirtiendo sistemáticamente en una oportunidad de expansión. El crecimiento, tan inherente a su naturaleza, no se detendrá mientras la humanidad explotable exista, y ese es precisamente el nuevo desafío que el capitalismo tiene ante sí. El crecimiento genera trastornos económicos y sociales semejantes a los de las guerras. El sistema productivo es a medida que crece más y más destructivo. La colonización mercantil del territorio y de la vida, del espacio y del tiempo, no puede detenerse sin cuestionar sus fundamentos, ni progresar sin poner en peligro la misma especie. En consecuencia, la crisis ecológica conduce a la crisis social. El capitalismo ha de seguir creciendo para que eso no ocurra, pero sin que los afectados tomen conciencia de las graves amenazas que acompañan al crecimiento. Para ello ha de improvisar medidas económicas, tecnológicas y políticas que a la vez que disimulen sus desaguisados, permitan convivir con ellos y sacarles partido. La producción y el consumo están, como dirían los expertos, ante "un cambio de paradigma". Los hábitos de consumo, junto con las actividades empresariales y políticas, han de ejercerse de otra manera, obviamente no para salvar la naturaleza, ni siquiera para preservar la especie, sino para salvar al propio capitalismo. Por eso a los políticos el corazón se les hace verde. Por eso el capitalismo se vuelve ecologista. Desde ese nuevo punto de vista, la ecología no es incompatible con la acumulación de capital, sino que es su condición obligada. Como decía con más suavidad un ministro de Hacienda británico: *"podemos ser verdes y crecer al mismo tiempo. En realidad, si no somos verdes acabaremos minando el crecimiento"* (Informe Stern, 2006).

El despertar de la conciencia ecológica fue temprano. Ya en 1955 Murray Bookchin había advertido sobre el peligro para la salud de los aditivos alimentarios, y en 1962 él mismo y la doctora Rachel Carson denunciaron el efecto nocivo de los pesticidas. La abundancia prometida por el capitalismo resultaba una abundancia envenenada. *"La crisis está siendo avivada por aumentos masivos de la contaminación del aire y del agua; por una acumulación creciente de desperdicios no degradables, de plomo residual, de restos de pesticidas y aditivos tóxicos en la comida; por la expansión de las ciudades en vastos cinturones urbanos; por el incremento del stress debido a la congestión, al ruido y a la vida masificada; y por las injustificables cicatrices de la tierra como resultado de explotaciones mineras y madereras y por la especulación sobre el patrimonio. Como resultado la tierra ha sido expoliada en pocas décadas a una escala sin precedentes en la ocupación humana del planeta. Socialmente, la explotación y manipulación burguesas han llevado la vida cotidiana al nivel más extremo de vacuidad y aburrimiento. En tanto que sociedad, ha sido convertida en una fábrica y un mercado, cuya razón fundamental de existencia es la producción en su propio beneficio y el consumo en su propio beneficio."* (Anarquismo en la sociedad de consumo, 1967). La desruralización, la industria alimentaria, la quimicalización de la vida y la lepra urbanística impusieron un modelo de vida consumista y embrutecedor, egoista y neurótico, inmerso en un ambiente artificial y atomizante. Como conclusión de una época de revueltas –el gueto negro americano, el movimiento pacifista británico, los provos holandeses, la juventud alemana, mayo del 68, etc.— Guy Debord apuntaba:

"La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política. *El desarrollo universal de la mercancía se ha enteramente verificado en tanto que realización de la economía política, es decir, en tanto que 'renuncia a la vida'. En el momento en que todo entró en la esfera de los bienes económicos, incluso el agua de los manantiales y el aire de las ciudades, todo devino* mal económico. *La simple sensación inmediata de los efectos nocivos y de los peligros, a cada trimestre más opresivos, que primero y principalmente agreden a la gran mayoría, es decir, a los pobres, constituye un inmenso factor de revuelta, una exigencia vital de los explotados, tan* materialista *como lo fue la lucha de los obreros del siglo XIX por la comida. Ya los remedios para el conjunto de enfermedades que crea la producción en este estadio de la producción mercantil son demasiado caros para ella. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas han alcanzado al fin un punto de incompatibilidad radical, pues el sistema social existente ligó su suerte a la consecución literalmente insoportable de todas las condiciones de vida."* (Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo, 1972).

Aunque el planteamiento de la lucha de clases era puesto en términos históricos exactos, la capacidad del capitalismo por sobrevivir a sus catástrofes era infravalorada tanto como sobrevalorada la capacidad de la conciencia histórica para convertirse en fuerza subvesiva. Así, mientras los trabajos de Mumford, Charbonneau, Russell, Ellul o Bookchin pasaron casi desapercibidos, y la conciencia ecológica quedaba atrapada en el misticismo o el posibilismo, lejos de un proletariado indiferente, el capitalismo superó sus contradicciones cuantitativamente, con un salto hacia adelante, desarrollando una industria nuclear, incrementando la producción de automóviles, creando una nueva generación más peligrosa de pesticidas, inundando el mercado de productos químicos letales y lanzando a la atmósfera miles de toneladas de contaminantes gaseosos. Cuando en la década siguiente tales soluciones condujeron a catástrofes como las de Chernobil, Seveso, Bophal, la del Síndrome Tóxico producido por organofosforados y atribuido al aceite de colza, el agujero en la capa de ozono o el aumento del efecto invernadero, por no hablar de la destrucción de gran parte del territorio debida a la urbanización y el turismo, apenas hubo oposición y el movimiento ecologista que surgía de ella se convertía en el cómplice del capitalismo y el renovador de su política. Los dirigentes de la economía y del Estado, al contemplar las consecuencias catastróficas de su gestión, lejos de amilanarse se erigieron en campeones de la lucha contra el desastre, con la ayuda de expertos y ecologistas, proclamaron un estado de excepción ecológico, es decir, una economía de guerra que movilizaba todos los recursos, naturales y artificiales, para ponerlos al servicio del desarrollismo global, incorporando el coste ambiental, o sea, el precio de la reconstrucción paisajística y los gastos necesarios para fijar un nivel de degradación soportable. La Encyclopédie des Nuisances fundó su causa en la denuncia de esa operación de maquillaje como coartada ecológica de la dominación:

"El ecologismo es el principal agente de la censura de la crítica social latente en la lucha contra los fenómenos nocivos, es decir, esa ilusión según la cual se podrían condenar los resultados del trabajo alienado sin atacar el propio trabajo y a la sociedad fundada en su explotación. Ahora que todos los hombres de Estado se vuelven ecologistas, los ecologistas no dudan en declararse partidarios del Estado... Los ecologistas son en el terreno de la lucha contra los fenómenos nocivos, lo que son en el terreno de las luchas obreras los sindicalistas: meros intermediarios interesados en la conservación de las contradicciones cuya regulación ellos mismos aseguran... meros defensores de lo cuantitativo cuando el cálculo económico se extiende a nuevos dominios (el aire, el agua, los embriones humanos, la sociabilidad sintética, etc.); en definitiva, son los nuevos comisionistas de la sumisión a la economía, el precio de la cual ha de integrar ahora el costo de "un entorno de cualidad". Ya podemos vislumbrar una redistribución del territorio entre zonas sacrificadas y zonas protegidas, coadministrada por expertos "verdes", una división espacial que regulará el acceso jerarquizado a la mercancía-naturaleza." (Mensaje dirigido a aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla, 1990).

La optimización mundial de recursos se materializó en cosas como la agricultura transgénica, el mal de las vacas locas o la gripe aviar; de hecho el estado de excepción ecológico denunciado por la EdN convirtió el planeta en un inmenso laboratorio de experimentación tecnocientífica, y a toda su población en cobayas. La catástrofe perdió su carácter nacional y con la globalización se salió del ámbito estatal. La crisis ecológica no podía circunscribirse a determinadas zonas superindustrializadas y requería medidas globales. Así nacieron las cumbres mediambientales que entre 1988 y 1997 fijaron las pautas del desarrollo capitalista para los años venideros: Toronto, Río de Janeiro, Copenhague y Kyoto. En ellas se lanzaron fórmulas creativas para salvar el desarrollo y combatir el cambio climático sin modificar el sistema dominante: agendas 21, desarrollo sostenible, desarrollo social, desarrollo local... Puras contradicciones terminológicas, puesto que el desarrollo nunca es local, social o sostenible, ya que el capitalismo nunca funciona en interés de la localidad, de los oprimidos o de la naturaleza. Pero lo que tienen claro los dirigentes de la economía mundial es que ningún eufemismo desarrollista, aun sosteniéndose en tecnologías modernas, puede funcionar sin las medidas políticas y sociales capaces de reeducar a la población en los nuevos hábitos consumistas que las hagan rentables, pues es la adopción masiva de dichas tecnologías lo que abarata su aplicación y estimula las iniciativas empresariales en esa dirección. La lucha contra el cambio climático puede verse favorecida objetivamente por el encarecimiento imparable del petróleo y demás combustibles fósiles, pero corresponde a los "poderes públicos", es decir, a los políticos, al menos en una primera fase, promover el negocio medioambiental obligando a la población a usar tecnologías "bajas en carbono" y a consumir productos y servicios catalogados como "respetuosos con el medio ambiente", o imponiendo una "nueva fiscalidad" que reconcilie la "cultura empresarial" con la naturaleza y que penalice las viejas costumbres contaminantes y el despilfarro energético, normales hasta ayer, pero hoy punibles por el bien de la economía. Y de esta manera, el Estado, los partidos, las instancias internacionales, y en menor medida los "foros sociales", las ONGs y los "observatorios" de sostenibilidad, ejercen el papel de mecanismos reguladores que habían perdido en los inicios de la globalización. Auxiliares de la transición mundial hacia una economía también "baja en carbono". De golpe, el control de la producción de cemento, de fertilizantes o de fibras sintéticas, el reciclaje de residuos, la reforestación, la construcción de nuevas centrales nucleares, de desaladoras o de campos de golf, la inversión en energías renovables o el cultivo de agrocombustibles, se convierten en decisiones políticas, y por la vía política, en cuestión de Estado. Al mismo tiempo, todos los dirigentes económicos y políticos descubren que son ecologistas. El aislamiento térmico, la iluminación de bajo consumo, las nuevas directrices para la edificación o la fabricación de motores para vehículos, y, en general, la reestructuración de todo tipo de actividades, exigen una potente financiación a la que no acompaña una rentabilidad suficiente y que, por lo tanto, el mercado no puede asumir. Toca al Estado y a la burocracia política arrimar el hombro.

Las preocupaciones ecológicas de los dirigentes obedecen a la mercantilización total del planeta provocada por la necesidad constante de crecimiento del capital. Las destrucciones provocadas por el desarrollo de la producción son de tal magnitud que exigen una gestión controlada no sólo de los medios de producción y de las fuerzas productivas, sino del territorio, de su cultura y su historia, de la flora y la fauna, del agua y del aire, de la luz y del calor, ahora convertidos en "recursos", es decir, materias primas de actividades terciarias y fuerzas productivas de nuevo tipo. La revitalización institucional que el cambio productivo y la "seguridad energética" demandan ha puesto de nuevo en circulación al partido del Estado, o sea, a la burocracia político administrativa, y no hablamos sólo del conglomerado de socialdemócratas, neoestalinistas, verdes y ciudadanistas. Un reformismo aparente se erige como doctrina de moda –como ideología– que hasta los conservadores y derechistas aceptan, pues todo el mundo comprende que hay que contener a los refractarios, alejar el horizonte de la catástrofe y ganar tiempo para la economía. Frente a un capitalismo contrario a trabar el desarrollo mediante el control de emisiones, un capitalismo sospechosamente altruista presenta el rostro humano de la destrucción hablando de sostenibilidad y de educación ciudadana, de consumo responsable y de eficiencia energética, de paneles en las azoteas y de ecotasas, sin que se detenga un ápice el trazado de autopistas, las líneas del TAV o la depredación urbanizadora. Desarrollismo tradicional contra desarrollismo ambientalista. Evidentemente, los costos de la dominación se han disparado con la polución, el calentamiento global y el cénit de la producción de petroleo, situación que el mercado no puede resolver como en ocasiones anteriores. Tampoco el despegue del sector económico medioambiental es suficiente. La pervivencia del capitalismo necesita una movilización general a escala local, nacional e internacional, de todos los dirigentes en pro de la explotación laboral y social reconvertida, en pro del modo de vida sometido a los imperativos del consumo renovado; el Estado, en tanto que mecanismo de coerción, resulta de nuevo rentable. Esa es la carta del ecocapitalismo y de sus servidores de izquierdas o de derechas. No es descartable que el proceso de reconversión pueda encontrar serias resistencias en la población que lo sufre, por lo que han de desarrollarse formas de control social adecuadas, empezando por las escuelas, los medios de comunicación, la asistencia social, etc., hasta llegar a la policía y el ejército. El capitalismo y la burocracia no tienen ideales que realizar sino un orden que defender, a escala local y mundial. Para ellos los problemas en política exterior y los conflictos sociales son directamente problemas de seguridad, que en último extremo se resuelven *manu militari*. El ecofascismo será la forma política más probable del nuevo reino ecológico de la mercancía.

En ausencia de luchas serias, o lo que es lo mismo, en ausencia de la conciencia histórica, aparecen al lado de seudorreformistas que nos venden su "pragmatismo" y sus "pequeñas conquistas" en favor de la política institucional y del modelo capitalista, verdaderos utopistas que nos hablan de "convivialidad", pues para ellos el remedio a tanto mal no ha de venir de una lucha de liberación sino de la aplicación pacífica de una fórmula milagrosa, en este caso la del "decrecimiento." Las medidas a realizar no van a resultar de un conflicto nacido del antagonismo de un sector de la población con el conjunto de la sociedad industrial y consumista, sino de una serie de iniciativas particulares convivenciales, de buen rollo, a ser posible incentivadas institucionalmente y defendidas por partidos, "redes" o ONGs, que tengan la virtud de convencer de las ventajas de salirse de la economía. Los partidarios del "decrecimiento" desconfían de las vías revolucionarias: sobre todo, que no pase nada. Y nada puede pasar puesto que el capitalismo tolera un cierto grado de autoexclusión en la sociedad que coloniza, pues de hecho buena parte de la población mundial está excluida del mercado y vive al margen de las leyes económicas. Incluso puede sacar beneficios de la autoexclusión a través de programas de ayuda, turismo alternativo y subvenciones. Es lo que los expertos llaman economía del "tercer sector", ya estudiada por el principal responsable de la política pública americana durante la presidencia de Clinton, Jeremy Rifkin. En su obra de 1994 "El fin del trabajo", da por sabido que la globalización y la desregulación del mercado laboral obligarán a una organización de los electores que podría restablecer el sentimiento ciudadano, la política burguesa clásica y el Estado interventor: *"Conseguir una transición con éxito hacia la era posmercado, dependerá en gran medida de un electorado estimulado, que trabaje a través de coaliciones y movimientos, para lograr transferir tantas ganancias de la productividad como sean posibles del sector del mercado al tercer sector (...) Mediante la creación de una nueva unión entre el gobierno y el tercer sector, cuya finalidad sea la de reconstruir la economía social, se podrá ayudar a restaurar el sentimiento cívico en cualquier sociedad."* Sin embargo, desde el punto de vista de la emancipación social, no se trata de modificar gradualmente los márgenes del sistema capitalista, sino de fundar una sociedad nueva. Transformar el mundo, no refugiarse en islotes. Para ello hacen falta fuerzas sociales empeñadas en dicha transformación, que no pueden nacer sino contra aquello que han de abolir. Por consiguiente, el conflicto ha de surgir con fuerza y desplegarse, de modo que parta la sociedad en dos bandos irreconciliables. Un bando querrá abolir las relaciones de producción y consumo, acabar con la explotación del trabajo y liberar la vida cotidiana, salvar el territorio y volver al equilibrio con la naturaleza. El otro, querrá a toda costa defender el *statu quo* industrial y desarrollista. Ningún programa convivial podrá solucionar los problemas acarreados por el capitalismo, porque al apostar por la pacificación impide que la crisis ecológica devenga crisis social, cuando hay que hacer precisamente de lo contrario, o sea, tensar al límite la cuerda de la opresión que mantiene unidos los diversos sectores sociales para provocar una fractura social irreparable. Cuando las víctimas del capitalismo decidan adaptar la vida a condiciones humanas controladas por todos y pongan en pie sus contrainstituciones, entonces será el momento de los programas transfomadores y de las verdaderas experiencias autónomas que restituirán los equilibrios ecológicos y reconstruirán las comunidades sobre bases libres. Una sociedad libertaria solamente podrá realizarse mediante una revolución libertaria.

Miquel Amorós

El fetichismo de la mercancía demostrado por la ciencia

El mayor precio de un producto aumenta el placer de su consumo

Inflar los precios de un producto aumenta la actividad en un área del cerebro humano vinculada al placer. Esta es la llamativa conclusión de un estudio dirigido por el científico español Antonio Rangel, investigador del Instituto de Tecnología de California en Pasadena (Estados Unidos). El trabajo, en el que vinos idénticos proporcionaban un mayor o menor placer a quienes los probaban según eran etiquetados como caros o baratos respectivamente, se publica esta semana en la edición digital de la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences*.

Los resultados arrojan luz sobre los efectos neurales de las estrategias de comercialización de los productos y sugieren que el precio percibido de un producto actúa directamente sobre el cerebro e influye sobre el placer que obtiene una persona al consumirlo. «Nuestro estudio muestra que esta parte del cerebro se activa más cuando el individuo cree que está bebiendo un vino más caro, aunque en realidad se le proporcione el mismo vino. Esto demuestra que la calidad de la experiencia percibida por el cerebro depende no sólo del líquido y la sed, sino también de las expectativas del sujeto» (…) «Más concretamente, si la creencia del sujeto de que lo que está bebiendo es de mayor calidad, aunque esto no sea verdad, puede cambiar lo bien que le sabe», apunta Antonio Rangel, director del laboratorio de Neuroeconomía en el Instituto de Tecnología de California.

El equipo de Rangel analizó a 20 sujetos clasificando su satisfacción de pequeños sorbos de vino tinto de diferentes precios mientras les realizaban escáneres de resonancia magnética (…) Sin que los sujetos lo supiesen, se daba a probar el mismo vino con dos precios diferentes, el real y uno un 900% más alto o bajo. Los sujetos señalaron que el vino que más habían disfrutado era el de mayor precio (…) Los resultados demuestran que el mayor placer de los sujetos es un efecto real en el cerebro *y es mucho más complicado de lo que las teorías económicas simples predicen*. Variables como el precio, que pueden ser controladas por las agencias de mercadotecnia, podrían afectar la experiencia que el cerebro tiene al consumir el producto. «El estudio sugiere que muchas variables que cambian las expectativas, como las normas sociales o el marketing, pueden cambiar la calidad de nuestras experiencias», concluye Rangel.

El Mundo, 15-1-2008

(el subrayado es nuestro)

La mañana del lunes 26 de mayo de 2008 se enviaron 70 cartas dirigidas a los 70 obispos de las diócesis del Estado. Cada uno de los sobres delicadamente preparados escondía el pequeño obsequio que aquí mostramos. En el reverso, una breve anotación: "Dios es Amor".

Esperamos de todo corazón que el desagrado causado a sus Excremencias haya estado a la altura de tan arrebatadora blasfemia.

¡Sicarios de la mentira, esclavizadores de la humanidad, sólo deseamos que el relámpago fulgurante del sacrilegio se una a la tormenta que os haga desaparecer para siempre de la faz de la tierra!

Noé Ortega

LA UTOPÍA PARA NOSOTROS

Apreciaciones a propósito del libro El incendio milenarista

Todos aquellos que sostienen que la Utopía es un fruto complaciente de la revolución industrial. Todos aquellos que afirman que la Utopía *es cosa de ricos*. Todos aquellos que se califican de realistas y no parecen entender que la palabra *futuro* es la más subversiva de todas las nociones sobre el tiempo puesto que es la única que *verdaderamente* admite la idea de pertenecernos. Todos estos personajes, decía, deben leer *El incendio milenarista*[1]. El grado de prevención que deseen poner en marcha para con sus propias "teorías" estará en proporción directa con la decepción que se llevarán sobre las mismas cuando terminen de leerlo.

Si echamos un rápido vistazo al estado actual de la dominación sobre la faz del planeta, una de las primeras cosas que salta a la vista es el desvergonzado estilo gracias al cual el Poder parece haber perdido por completo la necesidad de justificarse. Su desfachatez en resumidas cuentas. Habiendo pasado de promover una ideología determinada a desembarazarse de ella alegremente si la situación lo requiere, y consciente como es de que su fin último reside en una *práctica* (compra venta de todo, acaparamiento de capital), campa alegremente por sus respetos sin la menor necesidad de ordenar un discurso mínimamente coherente. ¿Pero para qué va a perder tiempo y energía en fabricar unas justificaciones que nadie quiere oír? ¿Quién se lo pide? ¿Cuáles son las posibles contrariedades con las que se puede encontrar si no pone en relación sus palabras con sus actos? Evidentemente muy pocas, perfectamente asumibles como se admite un riesgo financiero o la muerte de algún pobre diablo que tenga la mala suerte de pasar por ahí. Es una pérdida de tiempo. Y *time is money* y siempre adelante. El futuro es suyo.

Pero esto ya lo sabemos. Lo que se hace más desesperante es ver cómo algunos de aquellos que deberían participar de una cierta idea de futuro diferente parecen ser los más obsesionados con la destrucción del pensamiento utópico revolucionario. Así, por poner un ejemplo reciente, Pedro García Olivo, en su artículo publicado en *La haine* el 20 de octubre pasado, tras haberse abandonado a malabarismos literarios a mayor gloria de la postmodernidad más obsoleta, nos informa de que en realidad la Utopía es un sueño burgués que sólo sirve para alertargar al obrero, concluyendo con un sorprendente: "Cada vez que alguien me habla de Utopía descubro un vientre hinchado, unas manos decorativas, unos ojillos de zorro tras la carnicería, un corazón de síntesis y un cerebro lleno de huevos de gallinas muertas". Hay que tener muy poco respeto por la vida concreta de nuestros semejantes para basar esta afirmación, como lo hace el señor García Olivo, en un análisis hermenéutico de Homero y de Kafka, pero en estas estamos. Este tipo de despropósitos, que con demasiada frecuencia se han esgrimido por aquellos que no tienen la más mínima gana de pensar nada, han hecho mucho daño. Demasiado ya.

Los movimientos que *El incendio milenarista* discute son algunos de aquellos que más salvajemente se lanzaron a la conquista del mundo real con la mente puesta en un modelo de sociedad igualitaria. Los revueltas milenaristas campesinas de la Europa de finales de la Edad Media, los mitos *cargo* de la Melanesia colonizada por los europeos, y las revueltas campesinas del Brasil de finales del XIX y principios del XX, son los tres ejes sobre los que los autores se centran para poner de manifiesto una cosa muy sencilla, pero que es necesario repetir una y otra vez: que la Utopía concreta revolucionaria, aquella que se manifiesta con el único fin de traer a la realidad una idea igualitaria de las relaciones humanas, es igualmente aquella que tiene el poder más directo de provocar una verdadera reacción contra una realidad insoportable. La virulencia de esta fuerza estará en relación con la apuesta formulada, ya que es en la medida en que este proyecto se entienda como materializable por aquellos que están llamados a vivirlo que el movimiento se producirá en mayor o menor medida. Pues la Utopía, aquella que es lo suficientemente consciente de sí misma como para pedir la destrucción del estado dado de las cosas y ofrecer *otro mundo* verdaderamente distinto del que soportamos, se basa en la convicción de que la Historia es un campo en el que el hombre debe intervenir a toda costa.

De esta forma, y por encima de cualquier otra cosa, lo que este libro demuestra es cómo los que no tienen nada son capaces de exigirlo todo en base a una idea concreta de futuro, de una Utopía más o menos delimitada pero esencialmente virulenta, capaz de instaurar en las cabezas de los despreciados la formidable idea de que, en realidad, el problema no es tanto que hayan perdido sus medios, sino que se los han robado. Y de que no hay absolutamente nada que les impida acudir en su busca. El sentimiento religioso de algunos de los movimientos que aquí se detallan no debe hacernos perder de vista el hecho, más esencial y deslumbrante, de que si bien se parte de una cierta idea de Dios, este motor está por completo desprovisto de trascendencia hacia otros mundos cualesquiera, y que el reino de Dios en la Tierra, que muchos de ellos convocaron, no es ni más ni menos que la sociedad igualitaria que otros tantos siguen reclamando hoy en día con la misma fuerza. Un pensador esencialmente marxista como Ernst Bloch ya dejó bastante claro, en su libro *El ateísmo en el cristianismo*[2], cómo este mismo cristianismo, en su fase primitiva y hasta el final de la Edad Media, estaba atravesado de una vocación igualitaria que aspiraba sobre todo a la instauración de una sociedad esencialmente justa sobre la tierra; y lo que es más importante, que esta vocación debía ser puesta en marcha, con toda la fuerza necesaria, pasando por encima de todos aquellos que quisieran oponerse a ella. La apuesta no puede ser más elocuente. Este libro la presenta, y nos devuelve la convicción, nunca abandonada, de que en la medida en que el hombre es capaz de imaginar otro mundo, esta potencia imaginaria tenderá ineludiblemente a transformarse, de una forma u otra, en una lucha *real* por alcanzarlo. Ni más ni menos.

Es así como la Utopía, y este libro lo demuestra con sus propias armas, merece ser entendida como el pistoletazo de salida del viaje que debe llevar de una sociedad a otra, pues en ella reside el salto mental gracias al cual el hombre es capaz de imaginarse a sí mismo en otro sitio. Es precisamente la ausencia de ese *otro sitio,* ausencia que hoy en día sentimos tan dolorosamente en nuestros cerebros y en los de quienes nos rodean, lo que nos lleva a declarar la necesidad, como mínimo, de plantear la cuestión. La anábasis perpetua en la que nos encontramos, en la que las luchas parciales y "realistas" (todo lo legítimas y necesarias que se quiera) han ocupado todo el terreno, y en el que los derrotistas y los consejos de sabios han declarado el fin de la Utopía por su propia cuenta, debe terminar.

Ante el hundimiento, los capitanes apelan a una unión de todos los navegantes para salvar la carga. Nosotros, como las ratas, somos los primeros que deseamos abandonar para siempre este barco cuyo nombre es capitalismo.

Julio Monteverde

Notas

1. Yves Delhoysie y Georges Lapierre: *El incendio milenarista*, Pepitas de Calabaza, Logroño, 2008.
2. Ernst Bloch: *El ateísmo en el cristianismo*, Taurus Ediciones, Madrid, 1983.

Retrato de la ideología adolescente

¿Hay algún parecido entre la sociedad de Un mundo feliz y la nuestra?

No le encuentro ningún parecido, es totalmente diferente. *Laura G.*

No hay ningún parecido porque en este mundo actual que vivimos podemos expresar nuestros sentimientos y estar tristes cuando lo necesitamos. *Luis S.*

No creo que haya ningún parecido entre nuestra sociedad y la suya ya que nosotros nos encontramos en un mundo en el que todo individuo tiene derecho a voto y a ser libre. En nuestra sociedad se producen emociones, en cambio en la suya no sienten nada y están continuamente manejados. *Javier F.*

Para mí no hay ningún parecido en el modo de vida que llevan. Nosotros elegimos lo que queremos ser en la vida y ellos no, se lo dan todo hecho. Nosotros nos sentimos mal, triste, y tenemos que soportar, mientras que ellos no, se toman droga y se sienten felices, en vez de ser personas adultas y aguantar lo que venga y seguir siendo más fuerte, que sin embargo ellos son como unos "críos". *Ana S.*

Nosotros no vivimos en un mundo oculto y estamos ilustrados y pensamos en lo que queremos y tenemos variedad de derechos que las personas de *Un mundo feliz* no disfrutan. *Rafael C.*

No pienso que nuestra sociedad actual se parezca en nada a la de *Un mundo feliz* pues nosotros podemos expresar nuestros sentimientos, podemos amar, podemos tener religiones distintas, y aunque no seamos perfectos nuestra sociedad es auténtica. *Clara G.*

Respuestas a un trabajo sobre Un mundo feliz *de Aldous Huxley de un grupo de alumnos de 4º de la ESO de un Instituto de Enseñanza Secundaria del barrio madrileño de San Blas.*

EL CEMENTERIO MUERTO

Diez años después de terminado, nadie ha sido enterrado en el vanguardista camposanto construido por el prestigioso arquitecto pontevedrés, César Portela en Fisterra (A Coruña), una localidad de 5000 habitantes. Los lugareños prefieren el cementerio municipal.

El jardín de aromáticas que diseñó Portela ha quedado sepultado bajo las margaritas silvestres. Arriba, la carretera que lleva a los peregrinos al faro del mar tenebroso. Abajo, el acantilado donde todo se acababa. Y, a media falda, los 14 cubos de granito, aparentemente desordenados, según el autor, como "rocas desprendidas" o "contenedores de un barco" naufragado que hubiesen arribado a la costa transportando, cada uno, 12 nichos. Todos ellos (con otros tres cubos algo más arriba: la sala de autopsias, el depósito y la capilla) componen el cementerio sin muertos más valorado del planeta. Finalista de los premios Philippe Rotthieer (2002) y Mies van der Rohe (2003), reconocido como una de las mejores obras funerarias del mundo por Oxford y alabado en unas 50 publicaciones especializadas, el cementerio de Portela sigue provocando rechazo entre muchos vecinos. Los mayores quieren sepultar a los suyos en un lugar "más acogedor". Al alcalde, el trabajo "innovador" de Portela le gusta, pero no la ubicación. "Aquí la gente pasa la tarde en el cementerio. Aquello está lejos. En invierno, el temporal hace imposible ir, y en verano, los buses de los turistas no dejan llegar".

El País 11-05-2008

De nuevo una ilustración de cómo la arquitectura espectacular se erige en técnica de acondicionamiento de la vida —y de la muerte— de los seres humanos, pirotecnia constructiva cuya mecha encienden los actuales arquitectos-estrella con la pólvora que el poder les proporciona. Bajo esta égida el señor Portela, miembro de esa élite de demiurgos arrogantes, justifica la ejecución arquitectónica de su necrópolis argumentando, con pretencioso tono poético, que los contenedores que componen el cementerio parecen haber arribado a la costa desde un barco naufragado... en realidad, semejante pretexto no hace sino disfrazar una tremenda injuria y un menosprecio vergonzoso hacia los habitantes de la *Costa da Morte*, marineros curtidos en mil tempestades y recelosos de ese mar bravío que engulló a muchos de los suyos, al recordarles, en clave de impúdico humor negro, el vómito del mar, esa muerte tan temida por ellos.

Y qué decir de la manía centrífuga del poder, que el camposanto de Portela cumple al pie de la letra (o de la tumba), hacia los desposeídos, y quién más pobre para la dominación que los muertos: no sirven, molestan y para colmo incitan el recuerdo y convocan. Por ello se les expulsa, cuanto más lejos mejor. Queda así consumada *in extremis* tal operación de disolución social al separar a los vivos de los muertos: bajo excusa higienista primero, como estrategia segregadora y destructora de comunidad después. Que no sean velados ni acompañados, dejarles sumidos en el desamparo y el abismo. Sólo eso importa. No es más que un síntoma del miedo y del rechazo a la muerte de esta sociedad moribunda.

Por fortuna, y gracias a las pulsiones atávicas arraigadas en el cuerpo social que afloran cuando la asfixia no es todavía mortal y restan fuerzas para impedir el triunfo absoluto de las estrategias de dominación de los amos, Portela no ha conseguido llevar el muerto al hoyo (un hoyo, por cierto, que se alquila por 25 años:¡ni para dormir el sueño eterno quedamos libres de la movilización constante!), frustrándose así, para su decepción y nuestra alegría, las aspiraciones funcionalistas del proyecto. Frente a la anomia de la ciudad, las comunidades pequeñas parecen mostrarse todavía refractarias a ciertas maniobras de disgregación social, pues allí la fuerza y consistencia de los lazos comunitarios todavía perdura y, como el caso ilustra, quedan trabados después de la muerte: por ello, el camposanto parroquial es todavía lugar de reunión en el que los vecinos "echan la tarde", un sitio "acogedor" donde hablar con sus muertos. Porque se respeta la muerte y se la integra en la vida, los muertos siguen teniendo afectos y se cuida su cobijo, rechazando entonces el urbanismo megalómano, ajeno a las necesidades propias, sin rastros de humanidad, y que no se entiende más que como imposición altiva.

Sólo deseamos que la maleza se coma el cementerio o que el mar lo arrase: queremos a los fantasmas entre nosotros.

Lurdes Martínez

Fotografía de una iglesia cerrada al asumir la defunción de dios. (*El Mal Salvaje*).

...Aún hay otra historia...

Si en su introducción a *Dancin' In The Streets!: Anarchists, IWWs, Surrealists, Situationists & Provos In The 1960s*, Franklin Rosemont ya había relatado sus recuerdos de la fundación del Grupo surrealista de Chicago en los turbulentos años 60, con la agitación estudiantil, el estallido del ghetto negro, la revitalización de la IWW, la lucha contra la guerra de Vietnam, la erupción de la contracultura y el viaje a París en el que él y su compañera Penélope conocerían personalmente a surrealistas y situacionistas, ahora es el turno de la misma Penélope Rosemont para hacer memoria y volver a deleitarnos con la visión de una década que solamente pudo ser prodigiosa para aquellos que se tomaron en serio los prodigios de la revolución. *Dreams & Everyday Life: Andre Breton, Surrealism, sds & the Seven Cities of Cibola* (Charles H. Kerr Publishing. Co., Chicago, 2008) pasa revista a todo lo mencionado y a mucho más, destacando especialmente el vivo retrato del joven y renovador grupo surrealista parisino que se había consolidado alrededor de Breton. Los no anglohablantes tienen con qué consolarse: *¿Qué hay de nuevo, viejo?*, espléndida colección de textos del Grupo surrealista de Chicago editado por Pepitas de Calabaza, y *Los situacionistas y la anarquía* de Miguel Amorós, donde en un capítulo dedicado a las relaciones entre la IS y el medio radical norteamericano se da cumplida información de las andanzas de los surrealistas de la Ciudad del Viento con Debord y Khayati (Muturreko Burutazioak, Bilbao 2008).

El Grupo de Acción Surrealista de Londres (*SLAG*) publicó en octubre de este año un panfleto sobre la crisis económica, *Contaguious Fire*, donde se afirmaba que "los gobiernos luchan para apuntalar un sistema económico, no pueden imaginar otra alternativa, a pesar del hecho de que claramente el sistema no funciona. Los surrealistas no podemos sino celebrar la perspectiva de una agitación revolucionaria. Pero también tenemos que prepararnos para ella, sopesando cuidadosamente nuestros cursos de acción (…) En particular, nunca debemos olvidar las implicancias políticas del internacionalismo y permanecer implacablemente opuestos a todas las formas de nacionalismo (…) Nuestros enemigos están en casa, y debemos cuidarnos de ser cooptados por sus ofensivas ideológicas, consentir a la banca la libertad bajo fianza, el apoyo a Obama, o la invocación de la quimera del "Islamofascismo"" (http://robberbridegroom.blogspot.com/2008/10/fuego-contagioso.html).

El Grupo Surrealista de Leeds ha publicado el primer número de su nueva revista, *Phosphor*, en la que se puede destacar los extractos de *I, Black Surrealist,* autobiografía del poeta y activista afroamericano Ted Joans, y *Explorations of Absence*, juego colectivo de los surrealistas de Leeds que explora las relaciones entre los lugares abandonados y los objetos perdidos. La revista también cuenta con colaboraciones de Eugenio Castro, Rikki Ducornet, Michael Richardson, Katerina Pinosova, etc(http://leedssurrealistgroup.wordpress.com).

Con el sugerente título *The Exteriority Crisis: from the city limits and beyond*, Eric Bragg acaba de editar desde la californiana Berkeley, y en la editorial *Oyster Moon Press* (http://oystermoonpress.com), un libro de enorme interés que recoge experiencias de diversos surrealistas con lo que podríamos llamar *exterioridad*: estrellas, bosques, playas, océanos, paisajes naturales, lugares emblemáticos y libres, arqueología industrial... todo aquello que *envuelve al espacio de la actividad del hombre*. Si la transformación histórica de la exterioridad ha sido prioritariamente utilitarista y dominante por la *colonización nociva de la economía*, lo que se pretende es inaugurar una relación con la exterioridad en la que esta nunca podrá entenderse como materia prima porque también es, y por encima de todo, potencial de ruptura, de pérdida en la extensión de la realidad. En otras palabras, *posibilidad de lo maravilloso*. Por otro lado, y ante el colapso de la sociedad industrial, cuando la descentralización, la modestia productiva y una cierta vuelta a la vida comarcal y ecológicamente viable empiezan a ser reclamaciones revolucionarias, la descarga poética y maravillosa que siempre arrojó la exterioridad parece bastante apropiada para ocupar su sitio entre los dispositivos de *una revolución que sea también un reencantamiento del mundo*. El libro recoge colaboraciones de surrealistas de varios países, entre ellos una nutrida representación del Grupo surrealista de Madrid, recogiéndose a modo de muestra algunas fotografías que documentan estas experiencias. En un futuro indeterminado pero seguro, el libro tendrá su correspondiente edición en castellano.

Por fin salió a la calle el nº 12 de la revista *La Felguera*, organizada en cuatro grandes temas (nihilismo, lenguaje e imagen, espectáculo y terror), con textos de Servando Rocha, Andrés Devesa y Javier Sigüenza, destacando también una interesante entrevista a Raoul Vaneigem (www.nodo50.org/lafelguera/agenda.htm). Nos felicitamos igualmente de la aparición del segundo número de *Ñaque*, "mecanismo de contagio de la intifada de la vida cotidiana" que pretende "la insurrección del deseo" y documenta "los testimonios de una épica de lo inútil": en sus apretadas páginas se podrá leer desde una crítica de los *ismos* ideológicos o de la temporalidad capitalista, a las teorías delirantes de Estanislao, el último utopista, o el relato de una expedición de caza de lo maravilloso en un centro comercial (http://naque.blogspot.com/2008_10_01_archive.html).

Los demenciales chicos acelerados es el entrañable nombre que ha adoptado una publicación efímera, pero con voluntad de no serlo tanto, animada por algunos amigos de Huérfanos Salvajes, La Felguera y el Grupo surrealista de Madrid. Su objetivo es ofrecer, a modo de panfleto, ciertos textos que podrían merecer por su carácter pernicioso la mayor y más maléfica difusión posible. Su primera entrega consiste en una versión ligeramente resumida del texto *Así nos quieren ver. Reflexiones en frío y en caliente sobre el antifascismo*, publicada en versión íntegra en el último número de *Salamandra*.

La editorial Gens acaba de editar el libro de poemas *La llama bajo los escombros*, de Julio Monteverde.

Aviones de British Airways vuelan sin pasajeros por errores de horarios

La compañía aérea británica British Airways reconoció que ha hecho volar aviones transatlánticos sin pasajeros en las últimas semanas a causa de una descoordinación en los horarios de sus pilotos y personal de a bordo.

"A causa de los horarios extremadamente complejos de nuestros 15.000 miembros de equipaje, a tiempo completo y parcial, ha sucedido que en algunos casos muy raros no tuviéramos personal de cabina disponible en algunos vuelos", explicó una portavoz de BA a AFP este viernes. "A veces fue necesario hacer despegar un avión solamente con pilotos y carga a bordo", ya que los horarios de pilotos y el personal auxiliar no acababan de coincidir, explicó la portavoz.

BA emplea más de 3.000 pilotos para una flotilla de 240 aparatos.

La portavoz aseguró que BA "trabaja duro para rectificar esta situación en cuanto sea posible", tras asegurar que la decisión de hacer despegar esos aparatos "no fue tomada a la ligera".

Un 0,3% de los vuelos de BA resultó afectado por esos problemas durante el pasado mes, aseguró la fuente consultada.

"En esas ocasiones desplazamos a los clientes hacia otros vuelos, advirtiéndoles lo antes posible", añadió.

La anómala situación de esos "vuelos fantasma" fue denunciada recientemente por la organización ecologista Greenpeace, como ejemplo de la indiferencia de las aerolíneas en la lucha contra el cambio climático.

LONDRES (AFP)

Tarde o temprano tenía que pasar. En realidad llevaba sucediendo desde siempre: me refiero a ese absurdo transporte del vacío. Pues esa es la función de los aviones hoy en día: trasladar nuestro vacío a otro vacío. Y de ese modo ir haciendo un nicho, una cárcel estrecha en nuestras vidas. Porque, al margen del despilfarro y la contaminación ambiental y acústica que conllevan esos cacharros, no olvidemos su función esencialmente miserabilista. Uno va comprándose billetes de avión y así traslada su aburrimiento y su equipaje de hotel en hotel, de decorado en decorado. Los aviones son ya los carruajes actuales del espectáculo, de la falsa aventura que nos venden enlatada. ¿Qué son esos paquetes de viajes organizados del turismo de masas sino simulacros de la vida, recreos para esperar la muerte en los que presenciamos la irrealidad de nuestra vida y de la historia; parques temáticos en los que la vida parece desarrollarse como en una película y que contienen, al igual que una película, ya su conclusión, su límite y su único guión posible ya escrito?

En 1874, mucho antes de la aparición de los vuelos masivos, en el Camposanto Central de Viena, Felbinder y Hudetz proyectaron un metro para ataúdes, mecanizado, engrasado y listo para su buen funcionamiento. Siempre que pienso en los modos de transporte actual me viene a la cabeza este aberrante proyecto que proponía funerales por correo neumático; los muertos serían conducidos directamente de la ciudad, a través de largas tuberías acondicionadas por aire comprimido, a sus respectivas tumbas.

El metro, actualmente, hace eso. Y los aviones. Porque la entidad del avión es ya la de una tumba vacía. Los viajes organizados del turismo masivo van transportándonos de la fabrica al hotel y del hotel a la fábrica, perdidos, flotantes, aislados, ni tan siquiera sonámbulos, viajando dentro de la nada como dentro de una línea de metro que se para ante zoológicos y playas artificiales, y otro día ante hoteles de lujo y museos. Y con el tiempo uno va comprendiendo que a lo largo de su vida se ha fabricado un panteón de monumentos fotografiados y tipos con disfraces.

Por desgracia el rumor de los aviones es ya el rumor de nuestra vida.

Vicente Gutiérrez

Reduzca su velocidad, exceso de visibilidad

Javier Gálvez

Edita: Grupo surrealista de Madrid
C/ Amparo 22 1ºd. 28012 Madrid.
www.gruposurrealistademadrid.org
gruposurrealistademadrid@hotmail.com